



WALDEN
LA VIDA EN LOS BOSQUES

**David Henry
Thoreau**



Ediciones Perdidas

Walden
la vida en los bosques



Desobediencia
civil

David Henry
Thoreau



Ediciones Perdidas

Ediciones Perdidas
Libros de arena A.C.
Camino de los Espejos 51
04131 - Retamar - Almería
950207423
www.librosdearena.es

INTRODUCCIÓN

Estaba dotado de un sentido riguroso de la probidad. Era muy exigente consigo mismo en lo tocante a su propia independencia de criterio, y consideraba que todos los demás seres humanos debían cumplir en igual medida con esa obligación. No tuvo una profesión fija, aunque practicó varias; se rehusaba a renunciar a su gran ambición de conocimiento y de acción a cambio de un oficio estrecho o limitado; su vocación era mucho más amplia: pretendía ejercer el arte de saber vivir. "Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente —escribe—, enfrentar sólo los hechos esenciales de la vida, y ver si no podía aprender lo que ella tenía que enseñar, no sea que cuando estuviera por morir descubriera que no había vivido."

No se casó, vivió solo, nunca fue a la iglesia, no votó, se negó a pagarle al Estado un tributo que a su juicio era injusto, por más que le costara la cárcel. Aunque era un naturalista, jamás recurrió a las armas ni a las trampas del cazador.

La buena ropa, los modales gentiles, la decoración de la casa, las charlas intelectuales y galantes de los salones, no le incumbían; creía que todas esas sofisticaciones eran obstáculos para una buena, humana conversación; le gustaba hablar con los indios, que en materia de Naturaleza eran los únicos que podían tratar con él de igual a igual. Tenía una aversión rayana con el desdén por los gustos, maneras y aficiones europeos, y en especial por los ingleses. Era auténticamente un habitante del Nuevo Mundo, al que creía superior. Por eso dijo Ralph Waldo Emerson: "No existió ningún norteamericano más auténtico que Thoreau".

Los hombres se imitaban unos a otros, estaban hechos sobre la base de un molde minúsculo. ¿Por qué no podía cada uno apartarse lo suficiente de la sociedad hasta ser un individuo realmente autónomo? "Si un hombre no marcha a igual paso que sus compañeros, puede que eso se deba a que escucha un tambor diferente. Que camine al ritmo de la música que oye, aunque sea lenta y remota." Pero no trató de vivir fuera del mundo, sino de toda atadura inconveniente del mundo. Quizás haya sido ese hombre raro y envidiable que ha logrado ser completa y absolutamente él mismo.

Prefería ser rico por frugalidad, por escasez de apetencias: "La riqueza de un hombre se mide por la cantidad de cosas de las que puede privarse". Y quiso abastecerse a sí mismo. En sus viajes, sólo iba por la carretera principal para sortear un territorio que no le interesaba recorrer en esos momentos; evitaba escrupulosamente

las tabernas y prefería caminar decenas de kilómetros a subirse a algún carruaje; le gustaba alojarse en las casas de los granjeros y los pescadores, que eran más baratas y rústicas pero también más afines a él, pues allí encontraba los hombres con quienes simpatizaba y los datos que él buscaba sobre el entorno natural.

Quería ahorrar "tiempo": tiempo para leer, tiempo para los lenguajes no escritos (los ruidos del campo y del bosque), tiempo para caminar solo, tiempo para la amistosa conversación, tiempo para conocer el cosmos. "Jamás ningún hombre ha valorado tanto el ocio como Thoreau", afirma el crítico Oscar Cargill.

Lo impacientaban las limitaciones de nuestro trillado pensamiento consuetudinario y tenía un instinto polémico y beligerante. De un vistazo comprendía la esencia de cualquier asunto que se tratase y veía las deficiencias e indigencias intelectuales de sus interlocutores; nada parecía ocultarse a su mirada penetrante. Esta condición de su carácter lo volvía poco sociable y lo privó de tener muchos amigos; pero quienes aceptaban sus intransigentes desplantes tenían en él al compañero más puro, el amigo más honesto, ajeno a toda hipocresía. Era la sinceridad misma. La convicción con que los profetas defendían las normas éticas se habría robustecido al ver a un ejemplar humano de vida tan santa. Ermitaño y estoico, estaba empero hambriento de cordialidad humana y se entregaba apasionado a entretener a los jóvenes con interminables anécdotas sobre sus viajes por tierras y ríos poco explorados.

Fue, en forma innata, el vocero y el actor de la verdad en todos los terrenos, sin que le importara, cuando correspondía declararla, la oposición de los demás. Tampoco le importaba hacer el ridículo, como de hecho ocurría con los que lo enfrentaban en cuestiones en las que él tenía un parecer discrepante, que a la larga demostraba ser el correcto. "En cada página de *Walden* —dice su biógrafo Henry Seidel Canby— se percibe la presencia inconfundible de una personalidad, de un hombre semejante a una roca por la solidez granítica de sus principios, a un roble por su reciedumbre incommovible, a una flor silvestre por su sensibilidad y a un halcón por los vuelos de su imaginación." Quienes lo conocieron admiraron la maravillosa armonía existente entre su mente y su cuerpo. Sabía encontrar su camino en la oscuridad nocturna del bosque, guiándose más por los pies que por los ojos. Sabía calcular con precisión de comerciante, con sólo verlo, el tamaño de un árbol, el peso de un ternero o el de un cerdo. De una caja en la que había decenas de lápices podía tomar sin mirar y sin equivocarse, rápidamente, una docena por vez. Era buen corredor, nadador, patinador, botero, y probablemente muy pocos de sus conciudadanos podían caminar más que él, y con más provecho, durante una jornada a campo traviesa. "Caminar con él era un placer y un privilegio", dijo Emerson.

Su poder de observación era tal que parecía insinuar la existencia de sentidos parapsíquicos. Veía como si a través de un microscopio, oía como si a través de

altoparlantes, y su memoria era el registro fotográfico de todo lo que había visto y oído. Pero a la vez sabía mejor que nadie que no es el hecho lo que importa, el dato empírico, sino la impresión o el efecto que ejerce ese hecho en la mente. Y todos los hechos naturales le interesaban por igual. Su profunda percepción intuía las semejanzas existentes en la Naturaleza, que vistas por el científico dan origen a sus leyes. "No conozco otro genio que tan rápidamente sepa inferir una ley universal de un hecho único", agregó Emerson. En nada se parecía a algunos pedantes eruditos de los departamentos académicos. Su ojo estaba abierto a la belleza, su oído a la música, y su mente acogía todos los hechos como acontecimientos gloriosos que mostraban el orden musical y la plástica belleza de la Totalidad. Su espíritu agudamente sensible se había rendido a la Naturaleza, de dos maneras: a las múltiples impresiones que su belleza causa en los sentidos y a las conjeturas trascendentes que la comunión con ella sugiere. Esta convivencia religiosa con el mundo natural fue lo que más lo aproximó a Emerson y lo que lo convierte en un antecesor y un par de Whitman.

La otra herramienta con la que conquistaba los obstáculos del mundo natural era la paciencia. Sabía sentarse inmóvil por horas, como parte de la roca a la que estaba subido, para esperar el regreso del ave, el reptil, el pez al que su presencia había espantado temporalmente; y cuando ellos volvían, no sólo reanudaban sin suspicacias sus hábitos corrientes sino

que, movidos por la curiosidad, se acercaban a observarlo a él, fijo en su contemplación extática. Las víboras se le enroscaban en la pierna, los peces saltaban a sus manos para que los sacara del agua, tiraba de la cola de la marmota escondida en su cueva y protegía a los zorros de los cazadores. Emerson lo llamaba "el dios Pan".

En él se aunaban la valoración de lo espiritual con un concepto de la animalidad que la moderna civilización degradó luego. "Encontré entonces en mí —y aun ahora lo hallo— un instinto que me llevaba hacia una vida más alta o espiritual, según suele decirse, como lo tiene la mayoría de los hombres, y otro instinto que me llevaba hacia un nivel primitivo y salvaje; y guardo respeto por ambos."

Amó tanto a la Naturaleza, se sentía tan feliz en su solitaria comunión con ella, que recelaba de las ciudades y de la triste e implacable destrucción que sus refinamientos y artificios operaban con la morada del hombre. Sospechaba ¡ya a mediados del siglo pasado! que el hacha y la dinamita terminarían con los bosques. Concord era apenas una aldea de menos de cinco mil habitantes, en Massachusetts, Nueva Inglaterra, cuando Henry David Thoreau (1817-1862) decidió establecerse en el bosque, junto a la laguna llamada Walden, construir su pequeña cabaña y vivir apartado del trato social durante un tiempo. La experiencia le llevó algo más de dos años, entre 1845 y 1847. De sus apuntes surgió esta obra que es mezcla de diario íntimo de aventurero, apunte de naturalista y borrador de filósofo-

fo. Rústica, rugosa y heterogénea como los troncos que usó para su vivienda, *Walden, o la vida en los bosques*, publicada en 1854, fue una de las dos grandes obras de Thoreau (la otra fue *Desobediencia civil*) y bastó para cimentarle un lugar fundador en la literatura norteamericana del siglo XIX.

El bosque en el que se instaló junto a la laguna no distaba más de un par de kilómetros de la aldea, y aunque no todos podríamos vivir solos y hacer nuestra cabaña en un lugar así, lo cierto es que el gesto de Thoreau no puede considerarse épico ni heroico. Sin embargo, su breve apartamiento de la sociedad "normal" lo sobrevivió, y hoy sigue comentándose, traducándose e influyendo en hombres de talla más heroica, como sucedió en su momento con Gandhi y con Luther King. Haciendo honor al nombre del único grupo de intelectuales con el que Thoreau mantuvo contacto prolongado —el del trascendentalismo norteamericano de la primera mitad del siglo XIX—, el acto que llevó a cabo fue, por su perduración y sus repercusiones, el más trascendental de esa escuela. ¿Cómo se explica esta eficacia de un individuo aislado y de su decisión, en apariencia trivial, de vivir un tiempo separado de los demás?

Thoreau tuvo a su lado un genio que lo comprendió, estimuló y patrocinó (Emerson), el grupo de sus amigos trascendentalistas que eran sus interlocutores válidos y los receptores directos de su mensaje, y una nación en sazón para escucharlo, reproducirlo y potenciarlo: los pujantes Estados Unidos de entonces, no

imperialistas todavía, símbolo de la independencia y la creatividad del Nuevo Mundo y de un nuevo experimento social auspicioso para la humanidad.

Un lenguaje íntimo —el del corazón del solitario—, un lenguaje privado —el del grupo que lo rodea y lo apoya— y un lenguaje público —el de una sociedad atenta al cambio, esperándolo— confluyen para hacer de *Walden, o la vida en los bosques* mucho más que la crónica minuciosa de un naturalista sobre su entorno vegetal y animal, o el registro por momentos fastidioso del acontecer cotidiano (gastos, actividades, vecinos) propio de un libro de memorias. Thoreau sabía que él era un ser único y que contar su vida diaria no era un menester doméstico. Sabía también que los demás hombres y mujeres no eran menos únicos, y su obra es un manifiesto entusiasta para instarlos a que se dieran cuenta de ello. "Mírame —parece decirnos—, esto que yo hice no lo hice por ser Henry David Thoreau, sino por ser un miembro de la especie humana. Tú puedes. Este es el cuaderno de bitácora de mi experimento. Tómallo como una guía útil."

Lo definitivo, lo inigualable de Thoreau es que con él nace en el mundo un nuevo tipo de hombre culto, a punto tal que la propia palabra "cultura" cambia con él de sentido. ¡Fuera las hipocresías y mojigaterías de la vida! ¡Fuera las frases de moda, la etiqueta, la elegancia, la falsa cortesía! ¡Fuera todo aquello que en nombre del qué dirán nos tergiversa y distorsiona!

‘Visto desde la cumbre de nuestra decadencia —dijo de él Henry Miller—, casi nos parece un antiguo

Henry David Thoreau

romano. La palabra virtud recobra su significado cuando se la asocia a su nombre...' Abriendo los ojos, descubrió que la vida proporciona todo lo necesario para la paz y la felicidad del hombre; solamente hace falta usar lo que tenemos al alcance de la mano.

El poema de la creación es perenne, había dicho Thoreau, pero pocos son los oídos que lo escuchan.

Leandro Wolfson

WALDEN
LA VIDA EN LOS BOSQUES

Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo en los bosques, a una milla de distancia de cualquier vecino, en una casa que yo mismo había construido, a orillas de la laguna de Walden en Concord (Massachusetts), y me ganaba la vida únicamente con el trabajo de mis manos. En ella viví dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un morador en la vida civilizada.

No habría impuesto tanto mis cosas a la cortesía de mis lectores si no hubiera sido por las muy concretas preguntas que muchos conciudadanos me hicieron con relación a mi modo de vivir.

Me han preguntado qué tenía yo como alimento, si no me sentía solo, si no tenía miedo, y cosas parecidas. Pediré perdón a aquellos lectores no particularmente interesados en mí si en este libro me propongo contestar algunas de estas preguntas. En la mayoría de los libros, el yo o primera persona es omitido; en este será conservado; esa es la principal diferencia con respecto al egotismo. Generalmente no recordamos que, después de todo, es siempre la primera persona la que habla. No hablaría tanto sobre mí mismo si hubiera alguien a quien conociera tan bien como a mi persona.

Desgraciadamente, estoy limitado a este tema por la estrechez de mi experiencia. (...)

He viajado bastante por Concord; y en todas partes, en tiendas, oficinas y campos, los habitantes me han parecido estar haciendo penitencia en mil formas extraordinarias. Los doce trabajos de Hércules eran insignificantes comparados con los que mis vecinos se han empeñado en realizar; porque aquellos eran solamente doce y tenían un fin, pero yo nunca he podido ver que estos hombres hayan matado o capturado algún monstruo o terminado una labor. No tienen un amigo como yo que quemé la raíz de la cabeza de la hidra con un hierro candente, sino que tan pronto como una cabeza es aplastada, dos más surgen.

Pero los hombres trabajan bajo la influencia de un error. La parte mejor del hombre muy pronto es arada para abono de la tierra. Por un aparente destino comúnmente llamado necesidad, los hombres se dedican, según cuenta un viejo libro, a acumular tesoros que la polilla y la herrumbre echarán a perder y que los ladrones entrarán a robar. Esta es la vida de un tonto, como comprenderán los hombres cuando lleguen al final de ella, si no lo hacen antes.

Hasta en este país relativamente libre, la mayoría de los hombres, por mera ignorancia y error, están tan preocupados con los artificiales cuidados e innecesarios trabajos rudos de la vida, que no pueden cobrar sus mejores frutos. Sus dedos, de tanto trabajar, son demasiado torpes, y tiemblan demasiado. Realmente el

jornalero no tiene tiempo libre para vivir con verdadera integridad todos los días; no le es permitido mantener las relaciones más viriles con los hombres, porque su trabajo sería despreciado en el mercado.

No tiene tiempo de ser otra cosa que una máquina. ¿Cómo va a recordar bien su ignorancia —según requiere su crecimiento— quien tiene que usar sus conocimientos tan a menudo? Algunas veces, deberíamos alimentarlo y vestirlo gratuitamente y abastecerlo con nuestros licores antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la lozanía de las frutas, solamente pueden ser conservadas por las manipulaciones más delicadas. Sin embargo, ni unos a otros, ni a nosotros mismos, nos tratamos con esa dulzura. (...)

La mayoría de los hombres vive una vida de tranquila desesperación. Lo que llamamos resignación no es más que una confirmación de la desesperación. De la ciudad desesperada pasamos al campo desesperado, y tenemos que consolarnos con la magnificencia de los visones y ratas almizcleras. Hasta detrás de los llamados juegos y diversiones de la humanidad se encuentra una desesperación estereotípica, aunque inconsciente. No hay diversión en ellos, porque esta viene sólo después del trabajo. Pero no hacer cosas desesperadas es una característica de la sabiduría.

Cuando consideramos cuál es la principal finalidad de los hombres —para hacer uso de las palabras del catecismo— y sus principales necesidades y medios de vida, pareciera que hubieran elegido deliberadamente

esta forma de vivir porque la prefieren a cualquier otra; sin embargo, ellos piensan honradamente que no es posible elección alguna. Pero las naturalezas activas y saludables recuerdan que el sol ascendió con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios. No se puede creer firmemente, sin pruebas, en alguna forma de pensar o de hacer, por antigua que sea. Lo que hoy todo el mundo repite y acepta como verdadero, puede convertirse en mentira mañana, una mera opinión de humo que algunos creyeron fuera nube que daría agua fertilizadora para los campos. Tratad de hacer aquello que la gente antigua afirma ser imposible de realizar, y demostrad que sí podéis. Los hechos antiguos pertenecen a las generaciones antiguas, y los nuevos, a la nueva generación. (...)

Hace unos treinta años que vivo en este planeta y todavía estoy por oír la primera sílaba de los serios o valiosos consejos de mis mayores, pues no me han dicho nada, o quizá no puedan decirme nada, de utilidad. Aquí está la vida, un experimento, la mayor parte del cual no ha sido realizado todavía por mí; pero no me beneficia en absoluto que otros lo hayan realizado. Si poseo alguna experiencia que considero de valor, puedo asegurar que mis mentores no me dijeron una palabra acerca de ella. (...)

Sin duda alguna, el tedio y el fastidio que presumiblemente han agotado la variedad y las alegrías de la vida son tan viejos como Adán. Pero las capacidades del hombre no han sido medidas todavía, y se ha ensayado

tan poco, que no podemos juzgarlas por algunos precedentes. (...)

¡Las estrellas son los vértices de maravillosos triángulos!
¡Qué seres tan diferentes y distantes contemplan simultáneamente desde las numerosas mansiones del universo la misma estrella! La naturaleza y la vida humana son tan distintas como nuestras variadas constituciones. ¿Quién dirá cuál es la perspectiva que la vida ofrece a otros? ¿Podría ocurrirnos un milagro mayor que el de que podamos mirar a través de los ojos de otros? Deberíamos vivir por una hora en todas las edades del mundo; no: en todos los mundos de las edades. ¡Historia, Poesía, Mitología! La lectura de las experiencias de otra persona no sería jamás tan asombrosa ni didáctica como esta. (...)

Estamos obligados a vivir concienzuda y sinceramente, reverenciando nuestra vida y negando la posibilidad de un cambio. Decimos que este es el único camino; pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Cualquier cambio es un milagro digno de ser contemplado; pero es también un milagro que ocurre a cada instante. Confucio dijo: Saber que sabemos lo que sabemos y que ignoramos lo que no sabemos es el mejor conocimiento. Preveo que cuando un hombre haya convertido un hecho de la imaginación en un hecho de su entendimiento, todos los hombres a la larga establecerán sus vidas sobre esa base. Por lo necesario para la vida, me refiero a todo aquello que obtiene el hombre por su propio esfuerzo y que desde el principio o después de largo uso se ha conver-

tido en algo tan importante para la vida humana, que muy pocos, si algunos, por salvajismo, pobreza o filosofía, se atreven a vivir sin ello.

Para muchas personas lo necesario para la vida se reduce al alimento. Para el bisonte en la llanura consiste en unas pocas pulgadas de apetitoso pasto con agua para beber, siempre que no busque el refugio de la selva o la sombra de la montaña. Ningún animal de la creación necesita más que alimento y refugio. Lo necesario para la vida del hombre que vive en este clima puede ser clasificado con exactitud bajo estos títulos: alimento, refugio, ropa y combustible. Porque hasta que no nos hayamos provisto de estos, no podremos considerar con libertad y posibilidad de éxito los problemas de la vida. El hombre no sólo ha inventado casas, sino también ropa y ha cocinado el alimento; y desde el descubrimiento casual del fuego, y su uso consecuente, un lujo al principio, surgió la necesidad actual de sentarse cerca de él.

Nos es dado observar a perros y gatos que adquieren esa misma segunda naturaleza. Con casa y alimento apropiados, conservamos legítimamente nuestro calor interno, pero cuando estos o el combustible están en exceso, es decir, cuando el calor externo es mayor que el interno, ¿acaso no se puede afirmar que ha empezado la cocción? El naturalista Darwin dice, refiriéndose a los habitantes de la Tierra del Fuego, que mientras su cuadrilla de hombres bien vestidos estaba sentada cerca del fuego, sin sentir ningún calor, estos salvajes desnudos, situados algo más lejos, le causaron sorpresa,

pues goteaban de sudor mientras soportaban semejante calcinación. También nos han dicho que mientras que el aborigen de Australia anda desnudo sin consecuencia alguna, el europeo tiembla de frío entre sus ropas. ¿No sería posible combinar la robustez de estos salvajes con la intelectualidad del hombre civilizado? (...)

La mayor parte de los lujos, o las llamadas comodidades de la vida, no son solamente innecesarios, sino también impedimentos para la elevación de la humanidad. En lo que se refiere a los lujos y comodidades de la vida, diré que los más sabios siempre han vivido vidas más simples y pobres que las vidas de los mismos pobres.

Nadie puede ser un observador sabio e imparcial de la raza humana si no se encuentra en la ventajosa posición de lo que deberíamos llamar pobreza voluntaria. El fruto de una vida lujosa es el lujo, ya sea en agricultura, comercio, literatura o arte. Hoy en día tenemos profesores de filosofía, pero no filósofos. Sin embargo, enseñarla es admirable porque en un tiempo también lo fue vivirla. Ser un filósofo no consiste en tener pensamientos sutiles meramente, ni en fundar una escuela, sino en amar la sabiduría tanto como para vivirla de acuerdo con sus dictados, para llevar una vida de simplicidad, independencia, magnanimidad y confianza. Consiste en resolver no sólo teóricamente algunos problemas de la vida, sino también prácticamente. (...)

¿Cuál es la naturaleza del lujo que anula y destruye a las naciones? ¿Acaso tenemos la seguridad de que no

exista en nuestra propia vida? El filósofo está por delante de su época aun en la forma externa de su vida. No es alimentado, albergado, vestido o calentado como sus contemporáneos. ¿Cómo puede un hombre ser un filósofo sin mantener su calor vital por métodos mejores que los del resto de los hombres?

Una vez que el hombre es calentado ¿qué más desea? Seguramente no quiere más de ese entibiamiento, sino alimento mejor y más rico, mayores y más espléndidas casas, ropas abundantes y de mejor calidad, fuegos más continuos y de más rendimiento en calor; y otras cosas parecidas. Cuando un hombre ha obtenido todo lo nombrado anteriormente, existe otra alternativa aparte de la de adquirir cosas superfluas, la de arriesgarse en la vida, ahora que han comenzado sus vacaciones del trabajo humilde. Pareciera que la tierra es apropiada para la semilla, porque esta ha mandado su radícula hacia abajo y ahora puede mandar el tallo hacia arriba con entera confianza. ¿Cuál es la razón por la cual el hombre se ha arraigado a la tierra, sino para poder elevarse hacia los cielos en la misma proporción? Porque las plantas más nobles son valoradas por el fruto que llevan al fin al aire y a la luz lejos del suelo, y estas no son tratadas como las plantas comestibles más humildes, que a pesar de ser bienales, son cultivadas solamente hasta que han perfeccionado su raíz, y a menudo son cortadas en la punta con esta intención, en forma tal que la mayoría de la gente no las reconocería en su época floreciente.

Mi intención no es prescribir reglas a los hombres de naturaleza fuerte y valiente, que cuidarán de sus propios asuntos tanto en el cielo como en el infierno, y quizá edificarán con más magnificencia y gastarán el dinero más profusamente que los más ricos, sin llegar jamás a empobrecerse, ignorando cómo viven (si en realidad hay personas así, como se las ha soñado); ni a aquellos que encuentran coraje e inspiración precisamente en el estado presente de las cosas y lo acarician con la afición y el entusiasmo de los enamorados (y en cierto modo me incluyo entre estos), tampoco les hablo a aquellos que tienen un buen empleo en cualquier circunstancia y que saben si este empleo es bueno o no. Les hablo principalmente a la gran cantidad de hombres que están disconformes, y que se quejan ociosamente de la dureza de sus destinos, o de los tiempos en que viven, siendo que tienen la posibilidad de mejorarlos. Algunas personas se quejan de otras, porque (según dicen enérgica e inconsolablemente) estas cumplen con su deber. También tengo presentes a los ricos en apariencia, pero que en realidad pertenecen a una clase terriblemente empobrecida, que han acumulado basura y no saben cómo usarla o deshacerse de ella; en esta forma han fraguado sus propias prisiones de plata u oro.

Si me atreviera a contar de qué manera deseaba pasar mi vida años atrás, sorprendería mucho a los lectores que la ignoran. Sólo voy a indicar algunas de las empresas que he acariciado. En cualquier época y en cualquier hora del día o de la noche, siempre he estado

ansioso por mejorar la oportunidad que se me presentara y también por documentarla; por pararme sobre el encuentro de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el momento presente: por acatar esa regla. Me perdonarán sin duda algunos pasajes no muy claros, porque en mi oficio hay más secretos que en los de la mayoría de los hombres; pero estos secretos no son guardados intencionalmente por mí, sino que son inseparables de su naturaleza. Sería un placer para mí contar todo lo que sé acerca de ellos y no verme obligado a escribir en mi puerta PROHIBIDA LA ENTRADA.

Poder anticiparse no sólo a la salida del sol y la aurora, sino también, si fuera posible, ¡a la misma naturaleza! ¡Cuántas mañanas, en verano y en invierno, antes de que ningún vecino hubiera comenzado a preocuparse por sus tareas, yo ya estaba trabajando! Sin duda, muchos de mis conciudadanos me han encontrado a la vuelta de esta actividad: los chacareros que se encaminaban hacia Boston, en el alba, o los leñadores que se dirigían al trabajo. Es verdad que nunca ayudé materialmente a la salida del sol, pero el solo hecho de estar presente era de suma importancia para mí.

¡Ah! ¡Cuántos días de otoño y de invierno pasé en las afueras de la villa, tratando de oír lo que había en el viento, de escucharlo y manifestarlo prontamente! Casi naufragó en ello todo mi capital y perdí mi propia respiración en la empresa. Si hubiera ello concernido a alguno de los partidos políticos, pueden estar seguros de que habría aparecido en el periódico entre las

noticias más importantes. Otras veces miraba desde el observatorio de algún árbol o roca, para poder telegrafiar la noticia de la llegada de alguien, o esperaba al atardecer sobre la cima de una colina que el cielo se cayera y yo pudiera apoderarme de algo, aunque nunca me apoderé de mucho, y eso, al igual que el maná, se disolvía en el sol.

Durante un largo tiempo fui cronista de un diario cuya circulación no era muy grande, y el editor hasta ahora no ha encontrado propicias para ser publicadas la mayoría de mis colaboraciones, y como ocurre generalmente a los escritores, sólo obtuve dolores a cambio de mis esfuerzos. De todas formas, en este caso mis esfuerzos fueron su propia recompensa.

Durante muchos años fui inspector (nombrado por mí mismo) de tormentas de lluvia y nieve, y cumplí fielmente con mi deber; inspector, no de los caminos reales, sino de los senderos del bosque y de los que cruzaban los terrenos, a los que mantenía abiertos y viables en todas las épocas del año; las pisadas del público han dejado en ellos un testimonio de su utilidad.

He cuidado el ganado salvaje de la villa que, saltando los cercos, da mucho trabajo al pastor fiel; y he vigilado los pocos frecuentados escondrijos y rincones de las granjas, a pesar de no saber siempre si Jonás o Salomón trabajaban ese día en un campo determinado; esa no era mi tarea. He regado la roja gayuba, la cereza de los arenales y el almez, el pino colorado y el fresno negro,

la vid blanca y la violeta amarilla, que en caso contrario podrían haberse marchitado en épocas de sequía.

Para abreviar, diré que así seguí durante un largo tiempo ocupándome de mi trabajo escrupulosamente, y no lo digo con jactancia, hasta que fue evidente que mis conciudadanos no me admitirían en la lista de los funcionarios del pueblo, ni me ofrecerían un puesto con un sueldo moderado. La vida que los hombres elogian y consideran venturosa no es más que de una clase. ¿Por qué debemos exagerar el valor de una clase en perjuicio de otras?

Viendo que mis conciudadanos no iban a ofrecerme ninguna sala en el juzgado, ni ningún curato o modo de ganarme la vida, sino que tendría que valerme por mí mismo, me volví más exclusivamente que nunca hacia los bosques, donde era mejor conocido. Decidí entrar en actividad enseguida, sin esperar a adquirir el capital que debe reunirse, sino haciendo uso de los reducidos medios de que yo disponía. Al dirigirme a la laguna Walden, no era mi intención vivir allí baratamente ni con lujos, sino despachar algunos negocios privados, con el menor número de obstáculos; el verme impedido de llevarlos cabo, por falta de un poco de sentido común, de espíritu emprendedor y de talento comercial, me parecía no sólo triste sino tonto. (...)

Todas las mañanas eran una cariñosa invitación para hacer mi vida con igual sencillez, y puedo decir con igual inocencia, que la misma Naturaleza. He sido un adorador de la aurora, tan sincero como los griegos.

Me levantaba temprano y me bañaba en la laguna: era un ejercicio religioso y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que en la bañera del rey Tching-Thang estaban esculpidos caracteres que decían: "Renuévate completamente todos los días; hazlo de nuevo y de nuevo y siempre de nuevo." Puedo comprenderlo. La mañana nos trae otra vez las épocas heroicas. Me afectaba tanto el desmayado zumbido de un mosquito dando su vuelta invisible e inimaginable por mi habitación en la temprana aurora, cuando yo estaba sentado con la puerta y ventanas abiertas, como pudiera hacerlo por cualquier trompeta que alguna vez cantó la fama. Era el réquiem de Homero; eran la *Ilíada* y la *Odisea* en el aire, cantando sus propias iras y deambulaciones. Había algo de cósmico en ello; un anuncio permanente del eterno vigor y fertilidad del mundo.

El hombre que no cree que cada día contiene una hora más temprana, más sagrada y rosada que la que él ya ha profanado, ha desesperado de la vida, y está avanzando por un camino descendente y oscuro. Luego de un paro parcial de su vida sensitiva, el alma de un hombre, o más bien sus órganos, se fortalecen cada día, y su Genio de nuevo ensaya si puede hacer otra vida noble. Debiera decir que todos los sucesos memorables ocurren durante la mañana y en una atmósfera matutina.

Debemos aprender a volvernos a despertar, y a mantenernos despiertos, no con ayuda mecánica, sino por medio de una infinita espera de la aurora, que no nos

abandone en nuestro sueño más profundo. No sé de un hecho que anime más que la incuestionable capacidad del hombre para elevar su vida gracias a un esfuerzo consciente. Es algo poder pintar un cuadro, o esculpir una estatua, y de esa forma hacer bellos unos pocos objetos, pero mucho más glorioso es esculpir y pintar la atmósfera a través de la cual miramos, cosa que podemos realizar moralmente. La más elevada de las artes consiste en alterar la calidad del día. Todo hombre tiene como tarea hacer su vida digna, hasta en sus menores detalles, de la contemplación de su hora más elevada y crítica. Si rechazáramos o agotáramos una información tan mezquina como la que recibimos, los oráculos nos informarían claramente acerca de cómo podría hacerse esto. (...)

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentar sólo los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar, no sea que cuando estuviera por morir descubriera que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera la vida; ¡es tan hermoso el vivir!; tampoco quise practicar la resignación, a no ser que fuera absolutamente necesaria. Quise vivir profundamente y extraer toda la médula de la vida, vivir en forma tan dura y espartana como para derrotar todo lo que no fuera vida, cortar una amplia ringlera al ras del suelo, llevar la vida a un rincón y reducirla a sus menores elementos, y si fuera mezquina, obtener toda su genuina mezquindad y dar a conocer su mezquindad al mundo, o si fuera sublime, saberlo por propia experiencia y poder dar un verdade-

ro resumen de ello en mi próxima salida. Porque me parece que la mayoría de los hombres se hallan en una extraña incertidumbre acerca de si la vida es del diablo o de Dios, y han deducido apresuradamente que la principal finalidad del hombre aquí es "glorificar a Dios" y gozar de él en la eternidad.

Sin embargo, vivimos mezquinamente, como las hormigas, aunque la fábula nos cuenta que hace mucho fuimos transformados en hombres; luchamos con grullas como los pigmeos; es un error sobre otro error, remiendo sobre remiendo, y nuestra mejor virtud tiene, para esta ocasión, una miseria superflua y evitable. Nuestra vida está desmenuzada por los detalles. Un hombre honrado pocas veces necesita contar más que sus diez dedos, o, en casos extremos, puede añadir los otros diez de los pies y comprar a bulto el resto. ¡Sencillez, sencillez, sencillez! Que tus asuntos sean dos o tres y no cien o mil; en lugar de un millón, cuenta media docena y lleva sus cuentas sobre la uña de tu pulgar. En medio de este mar picado de la vida civilizada, son tales las nubes y tormentas y arenas movedizas y mil otras cosas a las que hay que atender, que un hombre tiene que vivir haciendo cálculos si no quiere naufragar e ir al fondo y no llegar a puerto alguno, y sin duda ha de ser un gran calculador el que triunfe. ¡Simplificar, simplificar! En lugar de tres comidas por día, no comas más que una si es preciso; cinco platos en lugar de cien; y reduce todas las demás cosas en esa proporción. Nuestra vida es como una Confederación Germánica, compuesta de pequeños estados, con sus

límites siempre fluctuantes, en forma tal que ni un alemán puede decirnos cuáles son sus propios límites en un momento dado. La misma nación, con todas sus llamadas mejoras internas —que, por otro lado, son todas externas y superficiales— es como un establecimiento pesado e hipertrofiado, colmado de muebles y atrapado por sus propias trampas, arruinado por el lujo y los gastos sin cuidado, por falta de cálculo y de un objetivo digno como el millón de hogares que hay en el país; la única cura para ello es una economía estricta, una vida sencilla, más que espartana, y la elevación de los designios. La nación vive demasiado rápidamente. Los hombres piensan que es esencial que su nación tenga comercio y exporte hielo y hable por telégrafo y viaje a treinta millas por hora, aunque ellos mismos no lo hagan; pero nadie sabe si debemos vivir como babuinos o como hombres. Si no obtenemos los durmientes, ni forjamos los carriles, ni dedicamos a la obra días y noches, sino que vamos chafallando nuestras vidas para mejorarlos, ¿quién construirá los ferrocarriles? Y si no se construyen los ferrocarriles, ¿cómo llegaremos a tiempo al cielo? Pero si nos quedamos en casa y atendemos nuestros negocios, ¿quién querrá ferrocarriles? No montamos en el ferrocarril; él se monta sobre nosotros. ¿Has pensado alguna vez qué son esos durmientes sobre los que descansa el ferrocarril? Cada uno de ellos es un hombre, un irlandés o un yanqui. Los rieles se asientan sobre ellos y están cubiertos de arena y los vagones se les deslizan encima. Te aseguro: son sólidos durmientes. Y cada tantos años un

nuevo lote de durmientes es colocado y se pasa por encima de ellos; de tal forma que si algunos tienen el placer de montar sobre rieles, otros tienen la desgracia de ser montados. Y cuando los trenes corren sobre un hombre que está paseando en su sueño, un durmiente supernumerario en posición errónea, y lo despiertan, de repente detienen los vagones y gritan como si se tratara de algo excepcional. Estoy contento de saber que cada cinco millas se emplea una cuadrilla de hombres para mantener a la misma altura los durmientes en sus lechos, porque es un signo de que pueden levantarse de nuevo alguna vez.

¿Por qué debemos vivir con semejante apresuramiento y desperdicio de la vida? Estamos decididos a morir de hambre antes de tener hambre. Los hombres dicen que una puntada a tiempo evita nueve, y así dan hoy mil puntadas para evitar nueve en el futuro. En cuanto al trabajo, no tenemos ninguno de importancia. Padece-mos el baile de San Vito, y nos es imposible tener quietas nuestras cabezas. Llegaría yo a decir que si diera unos tirones a la cuerda de la campana de la parroquia, como si se tratara de un incendio, dudo que hubiera un hombre en su chacra de Concord, que a pesar del peso de sus asuntos, que le sirvió de excusa tantas veces esta mañana, ni un chico, ni una mujer, me atrevo a decir, que no abandonara todo y siguiera ese tañido, no solamente por salvar la propiedad de las llamas, sino, confesemos la verdad, mucho más por verla arder (ya que tenía que quemarse, y ya que nosotros, sabedlo bien, no la incendiamos), o para ver cómo se apaga el

incendio y dar una mano, y si ello se puede hacer con facilidad, aunque se tratara de la misma parroquia. Es raro el hombre que habiendo dormido una siesta de media hora luego de la comida, no pregunte al levantarse: "¿Qué hay de nuevo?", como si el resto de la humanidad se hubiera convertido en su guardián. Algunos indican que se les despierte cada media hora, sin otro fin, a no dudar; y luego, como recompensa, cuentan lo que han soñado. Después del sueño de una noche, las noticias son tan indispensables como el desayuno. "Por favor, decidme de algo nuevo que le haya ocurrido a algún hombre, en cualquier parte del globo", y lee y se agita mientras toma el café, pues en el río Wachito le sacaron los ojos a un hombre; sin soñar que él mismo vive en la impenetrable oscuridad de la cueva de este mundo, y no tiene más que el rudimento de un solo ojo. (...)

Vergüenzas y desilusiones son tomadas como las verdades más sólidas, siendo que lo fabuloso es la realidad. Si los hombres observaran sola y firmemente las realidades, y no permitieran que se los engañe, la vida, comparándola con las cosas que conocemos, sería semejante a un cuento de hadas y a *Las mil y una noches*. Si respetáramos sólo lo que es inevitable y tiene derecho a existir, la música y la poesía resonarían por las calles. Cuando estamos sin prisa y somos prudentes, percibimos que sólo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta; que los temorcillos y los placeres despreciables no son sino la sombra de la realidad. Esto es siempre regocijante y sublime.

Los hombres cierran los ojos, dormitan y consienten en ser engañados por las apariencias; así establecen y confirman su vida diaria de rutina y costumbre en cualquier parte, la que, además, está edificada sobre bases puramente ilusorias. Los niños, que juegan a la vida, discriminan mejor su verdadera ley y sus relaciones, con más claridad que los hombres que no logran vivirla dignamente pero que se creen más sabios por su experiencia, es decir, por sus fracasos. (...)

En la eternidad hay realmente algo verdadero y sublime, pero todos esos tiempos y lugares y ocasiones existen ahora y aquí. El mismo Dios culmina en el momento presente, y nunca, en el lapso de todas las edades, será más divino. Y podemos percibir todo lo que es sublime y noble tan sólo por la perpetua inspiración e instilación de la realidad que nos rodea. El universo responde a nuestras concepciones, constante y obedientemente; ya sea que viajemos con rapidez o lentitud, el camino está abierto para nosotros. Por lo tanto, dediquemos nuestra vida a concebirlo. El poeta o el artista no han tenido nunca un designio tan bello y noble que al menos alguien de su posteridad no pudiera cumplirlo.

Empleemos un día tan premeditadamente como lo hace la naturaleza, y no seamos arrojados del camino por todas las cáscaras de nuez y alas de mosquito que caigan en los carriles. Levantémonos temprano, desayunemos gentilmente y sin perturbaciones; que la compañía venga y vaya, que las campanas tañan, que los niños alboroten, sigamos determinados a hacer de

ello un día. ¿Por qué habríamos de someternos y seguir con la corriente? (...)

Si uno se enfrenta cara a cara con un hecho verá brillar el sol en sus dos superficies, como si fuera un alfanje, y sentirá su suave filo dividiéndole por el corazón y la médula, y así usted concluirá felizmente su mortal carrera. Sea ella vida o muerte, sólo anhelamos la realidad. Si estamos muriéndonos realmente, que oigamos el estertor en nuestra garganta y sintamos frío en las extremidades. Si estamos vivos, ocupémonos de nuestros asuntos.

El tiempo sólo es el río en el que voy a pescar. Bebo en él; pero mientras bebo, veo el lecho arenoso y descubro cuán superficial es. Su fina corriente se desliza a lo lejos, pero la eternidad permanece. Yo bebería más profundamente; pescaría en el cielo, cuyo suelo está tachonado de estrellas. No puedo contar una sola. No sé siquiera la primera letra del alfabeto. Siempre he deplorado no ser tan sabio como lo era el día en que nací. La inteligencia es un hendedor; discierne y se abre su camino, en el secreto de las cosas. No deseo estar con mis manos más ocupadas de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento concentradas en ella mis mejores facultades. Mi instinto me dice que mi cabeza es un órgano cavador, como los hocicos y garras anteriores de algunos animales, y con ella yo minaría y horadaría mi camino a través de estas colinas. Creo que la vena más rica se halla por algún sitio en estos alrededores; así lo juzgo por mi

varita de zahorí y los finos vapores que se elevan, y aquí comenzaré a cavar.

Con un poco más de meditación en la elección de sus fines, todos los hombres serían quizá esencialmente observadores y estudiosos, porque, sin lugar a dudas, su naturaleza y destino son igualmente interesantes para todos ellos. Acumulando propiedad para nosotros o nuestra posteridad, fundando una familia o una hacienda, o hasta adquiriendo fama, somos mortales; pero cuando tratamos con la verdad, somos inmortales y no debemos temer ningún cambio o accidente.

Mi residencia era más adecuada que una universidad, no sólo para la reflexión, sino para la lectura seria, y aunque me hallaba más allá del alcance de la biblioteca ambulante, estaba más que nunca dentro de la influencia de esos libros que circulan por el mundo, cuyas frases fueron primeramente escritas en cortezas de árboles, y que ahora no son sino copiadas, de tiempo en tiempo, en papel de hilo.

Los libros son la riqueza atesorada del mundo y la adecuada herencia de generaciones y naciones. Los libros más viejos y mejores están natural y debidamente en los estantes de cada casa de campo. Ellos no tienen una causa propia por la cual abogar, pero mientras iluminen y sustenten al lector, el sentido común de este no los rechazará. Sus autores son la aristocracia natural e irresistible de cualquier sociedad y ejercen en la humanidad una influencia mayor que las de los reyes o emperadores. Cuando un ignorante y quizás despreciativo comerciante ha obtenido con riesgo y trabajo

su anhelada independencia y tiempo libre, y es admitido en los círculos de la riqueza y la moda, al final se vuelve invariablemente hacia aquellos aun más elevados pero inaccesibles círculos de la inteligencia y el genio, y se torna sensible a las imperfecciones de su cultura y a la vanidad e insuficiencia de sus riquezas; pero más adelante prueba su sensatez por los esfuerzos que realiza asegurando para sus hijos esa cultura intelectual cuya falta siente él tan agudamente; y de esa forma se convierte en el fundador de una familia.

Las obras de los grandes poetas nunca han sido leídas por el género humano, porque sólo los grandes poetas pueden leerlas. Han sido leídas únicamente como la multitud lee las estrellas, no en forma astronómica, sino a lo sumo astrológica. La mayoría de los hombres han aprendido a leer para su mezquina conveniencia, como han aprendido a escribir números para llevar cuentas y no ser engañados en el comercio; pero de la lectura, como un ejercicio noble e intelectual, poco o nada conocen. Sin embargo, solamente eso es leer en un alto sentido, no aquel canturrear lujoso que adormece las más nobles facultades. Para leer, tenemos que estar en plena agudeza mental y debemos dedicarle nuestras horas más alertas y despiertas.

Pero mientras estemos confinados a los libros, aun los más selectos y clásicos, y leamos solamente las lenguas escritas locales (que no son por su parte sino dialectos provinciales), correremos peligro de olvidar el lenguaje que hablan sin metáfora todas las cosas y sucesos y que es el único abundante y el echado.

Se publica mucho, pero se graba poco en la memoria. Los rayos que se difunden a través de la persiana no se recordarán largo tiempo cuando la persiana desaparezca. Ningún método ni disciplina puede reemplazar la necesidad de estar siempre alerta. ¿Qué son un curso de historia o filosofía o poesía, por muy selecto que fueren, o la mejor sociedad o el hábito más admirable, comparados con la disciplina de mirar siempre lo que ha de ser visto? ¿Serás tú un lector, un estudioso meramente, o un profeta? Lee tu destino, mira lo que ante ti se halla y camina hacia el futuro.

El primer verano no leí libros; escardé las alubias. No, a menudo hice algo mejor que eso. Hubo épocas en las que no pude permitirme sacrificar la flor del momento presente por ningún trabajo, sea mental o manual. Me gusta contar con un amplio margen para mi vida. A veces, en una mañana de verano, habiendo tomado mi acostumbrado baño, me sentaba en mi soleado umbral, desde que salía el sol hasta el mediodía, transportado a un sueño en medio de los pinos y nogales americanos y zumaques, en soledad y tranquilidad no alteradas, mientras las aves cantaban alrededor o revoloteaban sin ruido a través de la casa, hasta que recordaba la marcha del tiempo por el sol que daba sobre mi ventana occidental, o el ruido del carro de algún viajero en la distante carretera. En esos lapsos, yo crecía como el maíz en la noche y eran mucho mejores que cualquier obra manual. No eran tiempos sustraídos de mi vida, sino ratos muy superiores a los que me permitía corrientemente. Comprendí lo que

los orientales entienden por contemplación y abandono del trabajo. En su mayor parte no me daba cuenta de que pasaban las horas. El día avanzaba como para alumbrar alguna tarea mía; era la mañana, y he aquí que ahora es el atardecer y nada memorable he hecho. En lugar de cantar como las aves, sonreía silenciosamente a mi incesante buena fortuna. Como el gorrión tiene su gorjeo, asentado en el nogal sobre mi puerta, así tenía yo mi risa o trino sofocado que podía aquel oír y que procedía de mi nido. Mis días no eran días de la semana, que llevaran la estampa de paganas deidades, ni estaban divididos en horas, o agitados por el tictac de un reloj; yo vivía como los indios Puri, de quienes se dice que tenían solamente una palabra para ayer, hoy y mañana, y expresaban el particular significado de ayer señalando hacia atrás, de mañana apuntando hacia adelante y de hoy indicando lo que tenían sobre la cabeza. Esto sería para mis conciudadanos una pereza extraña, no hay duda; pero si las aves y flores me han refinado con su ejemplo, no seré hallado en falta. Un hombre debe encontrar sus ocasiones en sí mismo, es verdad. El día natural es muy tranquilo y difícilmente le reprochará su indolencia.

Tuve al menos esta ventaja en mi modo de vivir sobre aquellos que para divertirse están obligados a mirar afuera, hacia la sociedad y el teatro, pues mi vida misma llegó a ser mi diversión y nunca cesó de ser novedosa. Era un drama de muchas escenas y sin ninguna conclusión. Si estuviéramos siempre ganándonos la vida y regulando nuestra vida de acuerdo con la

última y mejor forma de vivir que hemos aprendido, nunca nos acosaría el tedio. Sigue a tu genio bien de cerca y no dejará este de mostrarte un panorama nuevo cada hora. La tarea doméstica era un agradable pasatiempo. (...)

Mi casa se halla en la falda de una colina, contigua al borde del gran bosque, en medio de un soto de pino-teas y nogales americanos, y a media docena de varas de la laguna, a la que conduce, colina abajo, un estrecho sendero.

Mientras me siento en la ventana esta tarde estival, los gavilanes giran alrededor de mi descampado; la velocidad de las palomas salvajes volando de a dos o de a tres frente a mí, o paseándose inquietas sobre las ramas del pino blanco que está detrás de mi casa, confiere su voz al aire; un halcón marino se sumerge en la brillante superficie del lago y saca un pez; un visón se desliza ante mi puerta y se apodera de una rana junto a la costa; el junco está inclinándose bajo el peso de los pajaritos que revolotean de aquí para allá; y durante la última media hora, he oído el traqueteo del tren, muriendo por momentos para dejarse oír de nuevo, al igual que el redoble de la perdiz, llevando viajeros de Boston hacia el campo.

El ferrocarril de Fitchburg toca la laguna en un punto situado a unas cien varas al sur de donde vivo. Suelo ir al pueblo a lo largo de su terraplén, y estoy como unido a la sociedad por este eslabón. El silbido de la locomotora penetra en mi bosque en invierno y verano, sonando como el grito de un halcón que se

dirigiera hacia el patio de algún chacarero, informándome de que muchos inquietos comerciantes de la ciudad han entrado en el perímetro del pueblo, o emprendedores hacendados lo han hecho por la parte opuesta. Al llegar bajo un mismo horizonte, gritan sus avisos al otro para que le deje libre el camino, que algunas veces se escuchan a través de los círculos de dos villas. ¡Campo, aquí vienen tus comestibles! ¡He aquí vuestras raciones, campesinos! No existe un hombre con la suficiente independencia en su chacra como para poder decir que no.

¡Si todo fuera como parece y los hombres hicieran a los elementos servidores suyos, pero con nobles fines! ¡Si la nube de vapor que cuelga sobre la locomotora fuera la respiración de hechos heroicos, o tan benéfica como la que flota sobre los campos del labrador, entonces los elementos y la naturaleza entera acompañarían alegremente a los hombres en sus andanzas y serían su escolta!

Observo el paso de los vagones a la mañana con el mismo sentimiento con que observo levantarse al sol, que es apenas más regular. Su huella de nubes extendiéndose mucho hacia atrás y elevándose más y más hacia el cielo, mientras los vagones van a Boston, oculta al sol durante un minuto y deja en sombras mi campo distante; este es un tren celestial junto al cual el pequeño tren de vagones que abraza la tierra no es más que la púa de una lanza. (...)

Este es un atardecer delicioso, cuando todo el cuerpo es un solo sentido y absorbe deleite por todos los

poros. Voy y vengo con una extraña libertad por la Naturaleza, siendo parte de ella misma. Mientras camino a lo largo de la costa pedregosa de la laguna, en mangas de camisa (a pesar de que el día es frío, nublado y ventoso), no veo nada especial que me atraiga: todos los elementos me son extraordinariamente afines. Las ranas simulan anunciar la noche y las notas de los chotacabras son transportadas sobre la superficie del agua con el viento ondulante. Mi empatía con las agitadas hojas de los alisos y de los álamos casi me corta la respiración, pero al igual que la laguna, mi serenidad se riza pero no se perturba. Estas pequeñas olas, levantadas por el viento crepuscular, están tan lejos de la tormenta como la tersa superficie reflectora. Aunque ahora está oscuro, el viento sopla y ruge aún en el bosque, las olas siguen chocando y algunos animales arrullan al resto con sus cantos.

Generalmente existe espacio suficiente a nuestro alrededor. Nuestro horizonte no se halla nunca junto a la mano. El espeso bosque no está frente a nuestra puerta, tampoco la laguna, sino que siempre hay un espacio libre, familiar y gastado por nosotros, apropiado y cercado en alguna forma y reclamado a la Naturaleza. ¿Cuál es la razón por la que tengo este vasto espacio habilitado para mi albedrío, este circuito de algunas millas cuadradas de bosque no transitadas, que ha sido dejado para mi privacidad por el resto de los hombres? Mi vecino más cerca no se halla a una milla de aquí y ninguna casa es visible desde lugar alguno, como no fuera desde la cima de la colina a media milla

de distancia de mi hogar. Mi horizonte está limitado por bosques que son sólo para mí: de un lado, veo a lo lejos el ferrocarril en el sitio que toca la laguna, y del otro lado el cerco que bordea el camino del bosque. Pero en su mayor parte, el lugar donde vivo es tan solitario como las praderas. Es tan Asia o África como Nueva Inglaterra. Es como si tuviera mi propio sol, mis propias luna y estrellas, y un pequeño mundo entero para mí. De noche, nunca un viajero pasó por mi casa o golpeó mi puerta, como si yo fuera el primero o el último de los hombres, excepto en la primavera, cuando con largos intervalos solían venir algunos pobladores de la aldea a pescar fanecas. Creo que los hombres están aún un poco temerosos de la oscuridad, aunque todas las brujas fueron colgadas y se las sustituyó por la cristiandad y las velas. Sin embargo, experimenté algunas veces que la sociedad más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, puede hallarse en cualquier objeto natural, y esto es válido hasta para el pobre misántropo y para el hombre más melancólico. (...)

Nunca me he sentido solo, ni tampoco deprimido por forma alguna de soledad, salvo una vez, y esto fue unas pocas semanas después de haber venido a los bosques, cuando por una hora dudé de si la próxima vecindad del hombre no sería esencial para una vida serena y saludable. El estar solo era entonces poco placentero para mí, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que estaba pasando por una ligera dolencia en mi modo de pensar y parecía prever que había de mejorarme. En

medio de una lluvia suave, mientras prevalecían estos pensamientos, noté de pronto la existencia de una sociedad dulce y benéfica en la Naturaleza, en el golpear acompasado de las gotas y en cada sonido y vista alrededor de mi casa; una amistad infinita e indescriptible, como si se tratara de toda una atmósfera que me mantenía, una amistad que convirtió en insignificantes todas las ventajas imaginarias de la vecindad humana; y no he pensado en ella desde entonces. Cada pequeña aguja de los pinos se dilataba, henchida de simpatía, y me ofrecía su amistad. Me di cuenta muy claramente de la presencia de algo relacionado conmigo hasta en los parajes y escenas que solemos llamar salvajes y tristes, y también de que mi pariente más próximo y el más humano no era una persona, ni un habitante de la villa; y pensé que a partir de entonces ningún lugar me sería extraño. (...) Con frecuencia solían decirme: "Me atrevo a pensar que usted se siente solo por allí y que desea estar más cerca de la gente, especialmente en los días y noches de lluvia y nieve." Suelo tener deseos de contestar a esas gentes: "Este planeta entero donde vivimos no es más que un punto en el espacio. ¿A qué distancia creen ustedes que viven los dos habitantes más lejanos de aquella estrella, el ancho de cuyo disco no puede ser apreciado por nuestros instrumentos? ¿Por qué habría de sentirme solo? ¿No está nuestro planeta en la Vía Láctea?". No me parece que esa pregunta que me han formulado sea la más importante. ¿Qué clase de espacio es el que separa a un hombre de sus seme-

jantes y le hace sentirse solitario? He descubierto que ningún movimiento de las piernas puede aproximar a dos mentes. ¿Cerca de qué queremos vivir nosotros, principalmente? Seguro que no ha de ser de muchos hombres, de la estación de tren, del depósito, la oficina de correos, el bar, la capilla, el edificio de la escuela, el almacén, los barrios residenciales o los del bajo fondo, donde los hombres se congregan en su mayor parte, sino de la fuente perenne de nuestra vida, donde según nuestra experiencia hemos comprobado que emana aquella, como el sauce quiere estar cerca del agua y envía sus ramas en esa dirección. Este sitio variará de acuerdo con las distintas naturalezas, pero allí el hombre sabio cavará su sótano. (...)

Somos la materia de un experimento que no deja de tener interés para mí. ¿Acaso no nos podemos arreglar por un corto lapso sin la sociedad de nuestras chismografía, teniendo a nuestros propios pensamientos para que nos alegren? Confucio dice en verdad: "La virtud no queda como un huérfano abandonado; debe necesariamente tener vecinos."

Con el pensamiento podemos estar junto a nosotros mismos, en un sentido sano. Por un esfuerzo consciente de la mente, podemos estar separados de las acciones y de sus consecuencias; y todas las cosas, tanto las buenas como las malas, pasan por nosotros como un torrente. No estamos completamente involucrados en la Naturaleza. Puedo ser el madero arrastrado por la corriente o Indra mirándolo desde el cielo. Puedo ser afectado por una función de teatro, o, por el contrario,

puedo no ser afectado por un suceso real que parece estar mucho más relacionado conmigo. Me conozco sólo como una entidad humana; como la escena, por así decirlo, de mis pensamientos y afectos, y me hago cargo de una cierta duplicación, por la cual puedo situarme tan lejos de mí mismo como de cualquier otra persona. A pesar de mi intensa experiencia, soy consciente de la presencia y crítica de una parte mía, que es como si no fuera una parte de mí, sino un espectador que no comparte experiencia alguna, sino que toma nota de todas; y eso no es más mi persona de lo que lo eres tú. Cuando la comedia, quizá la tragedia, de la vida se ha acabado, el espectador sigue su camino. En lo que a él respecta fue una especie de ficción, tan sólo un trabajo de la imaginación. Esta duplicidad puede convertirnos fácilmente algunas veces en malos vecinos y amigos.

Encuentro saludable el hallarme solo la mayor parte del tiempo. Estar en compañía, aunque sea la mejor, se convierte pronto en fuente de cansancio y disipación. Me encanta estar solo. Nunca encontré una compañía tan compañera como la soledad. Casi siempre solemos estar más solos cuando estamos entre los hombres que cuando nos quedamos en nuestras habitaciones. Un hombre que piensa o trabaja está siempre solo, encuéntrase donde se encuentre. La soledad no se mide por las millas espaciales que separan a un hombre de sus semejantes.

Generalmente, la sociedad es demasiado barata. Nos encontramos a intervalos demasiado cortos, sin haber

tenido tiempo de adquirir ningún valor nuevo el uno para el otro. Nos encontramos tres veces al día en las comidas y nos damos unos a otros un nuevo bocado de ese queso rancio que somos. Hemos tenido que ponernos de acuerdo sobre una cierta cantidad de reglas llamadas de etiqueta y cortesía para hacer tolerable esta frecuente reunión y que no necesitemos llegar a una guerra declarada. Nos reunimos en el correo o en el mercado o junto al fuego todas las noches; vivimos muy apretados y cada uno se interpone en el camino de los demás y tropezamos los unos con los otros; pienso que así perdemos algo de respeto mutuo. Ciertamente, una menor frecuencia bastaría para todas las comunicaciones importantes y cordiales. Pensemos en las muchachas que trabajan en un taller: nunca están solas, difícilmente en sus ensueños. Sería mejor si no hubiera más que un habitante por milla cuadrada, como donde yo vivo. El valor de un hombre no está en su piel, para que nosotros se la toquemos.

He oído de un hombre perdido en los bosques y muriendo de hambre y fatiga al pie de un árbol, cuya soledad se aliviaba gracias a las grotescas visiones con las que, debido a su debilidad corporal, lo rodeaba su enferma imaginación y que él creía reales. También dotados de salud y de todas nuestras fuerzas físicas y mentales podemos ser estimulados continuamente por una sociedad semejante, pero más normal y natural, y llegar a saber que nunca estamos solos. (...)

La indescriptible inocencia y beneficencia de la naturaleza del sol, del viento y la lluvia, del verano y el

invierno, ¡qué salud, qué alegría proporcionan siempre! Y tal simpatía tienen ellos siempre por nuestra raza, que toda la Naturaleza se dolería y disminuiría el brillo del sol y los vientos suspirarían humanamente y las nubes lloverían lágrimas y los bosques se despojarían de sus hojas y se pondrían de luto en medio del estío, si algún hombre se quejara alguna vez por una causa justa. ¿No tendré inteligencia con la Tierra? ¿Acaso no soy en parte hojas y vegetal? ¿Cuál es la píldora que nos conservará serenos y contentos? No la de mi bisabuelo ni la del tuyo, sino las vegetales y botánicas medicinas universales de la Naturaleza, nuestra bisabuela, con las cuales esta se ha conservado siempre joven, ha sobrevivido en su día a tantos longevos y alimentado su salud con su marchita fertilidad. En lugar de esas redomas de curanderos, con sus mixturas extraídas del río Aqueronte y del Mar Muerto, que salen de sus largas carretas semejantes a goletas negras que a veces nos parecen fabricadas para llevar frascos, mi panacea sería recibir una corriente de puro aire matutino. ¡Aire de la mañana! Si los hombres no beben de él en el manantial del día, ¿por qué entonces debemos embotellar algo de ese aire y venderlo en los comercios en beneficio de aquellos que han perdido su billete de suscripción al tiempo matutino en este mundo? (...)

Creo que amo la sociedad tanto como la mayoría de las personas y estoy suficientemente preparado para prenderme, al igual que una sanguijuela, a cualquier hombre pletórico que halle en mi camino. Natural-

mente, no soy un ermitaño, y podría aguantar sentado al más duro parroquiano de un bar, si mis asuntos me llevaran allí.

En mí casa tenía tres sillas: una para la soledad, dos para la amistad, tres para la sociedad. Cuando inesperadamente venía un gran número de visitantes, sólo estaba la tercera silla para todos ellos, pero por lo general economizaban espacio quedándose de pie.

Sorprende saber a cuántos grandes hombres y mujeres puede contener una pequeña casa. He tenido bajo mi techo, en forma simultánea, a veinticinco o treinta almas juntas con sus cuerpos y, sin embargo, a menudo nos hemos separado sin darnos cuenta de que habíamos estado cerca los unos de los otros. Muchas de nuestras casas, tanto públicas como privadas, con sus habitaciones casi innumerables, sus enormes salas y sus sótanos para el almacenamiento de vinos y otras municiones de paz, me parecen extravagantemente grandes en relación con sus habitantes. (...)

A veces un poco harto de la sociedad y la conversación humanas, y gastados ya todos mis amigos de la aldea, vagaba hacia el Oeste más allá de mi morada habitual, paseando por partes menos frecuentadas del municipio, por bosques frescos y praderas recientes, o mientras se ocultaba el sol, hacía mi cena de grosellas y frambuesas en la colina de Fair Haven y amontonaba una reserva para varios días. Los frutos no entregan su verdadera fragancia ante quien los compra ni ante quien los recoge para el mercado. Sólo hay un medio de conseguir ese aroma, pero pocos emprenden esa vía. Si se

quiere conocer el sabor de las grosellas, hay que preguntárselo al resero o la perdiz. Es un vulgar error suponer que uno ha gustado unas grosellas que nunca recogió por sí mismo.

El paisaje de Walden es de escala humilde, y aunque muy hermoso, no da sensación de grandeza ni puede interesar mucho a quien no lo ha frecuentado largo tiempo o vivido en su ribera; pero esta laguna es tan notable por su profundidad y pureza que merece una descripción especial. Es un pozo verde, claro y profundo, de media milla de longitud, y de una milla y tres cuartos de circunferencia, y de alrededor de sesenta y dos acres de superficie; un manantial perpetuo entre pinares y robledales, sin ninguna entrada o salida de otros elementos, exceptuando las nubes y la evaporación. Las colinas circundantes se levantan abruptamente del agua hasta cuarenta u ochenta pies. Esos otros están cubiertos de bosques en su totalidad. Todas nuestras aguas de Concord se reducen finalmente a dos colores: uno visto desde la distancia y el otro, más preciso, desde cerca. El primero depende más de la luz e imita al cielo. Con una atmósfera clara, durante el verano, esas aguas parecen azules a pequeña distancia, especialmente si se mueven, y a gran distancia todas parecen iguales. En tiempos tempestuosos, las aguas son a veces de color pizarra oscura.

Las lagunas White y Walden son grandes cristales en la faz de la Tierra, Lagos de Luz. Si estuvieran siempre heladas y fueran lo bastante chicas para poder ser empuñadas, serían probablemente transportadas por

esclavos a fin de adornar, como piedras preciosas, las frentes de los emperadores; pero como son líquidas y extensas, y están sujetas por una eternidad a nosotros y a nuestros herederos, no las apreciamos y corremos, en cambio, tras el diamante de Koinoor. Son demasiado virginales para tener un valor en el mercado; no contienen dinero alguno. ¡Cuánto más bellas son ellas que nuestras vidas, cuánto más transparentes que nuestros caracteres! ¡Jamás hemos aprendido de ellas bajeza alguna! ¡Cuánto más bellas que el lodazal situado ante la puerta del campesino, en el que nadan sus patos! Aquí llegan los patos salvajes. La Naturaleza no tiene un habitante humano que la aprecie.

Las aves, con sus melodías y su plumaje, armonizan con las flores; ¿pero qué muchacho, qué doncella concursa con la riquísima y salvaje belleza de la Naturaleza? Las más de las veces esta florece solitaria, lejos de las ciudades en las que esos jóvenes residen. ¡Hablad del cielo, vosotros que deshonráis a la Tierra! (...)

Cuando volvía al hogar a través del bosque con mi sarta de pescado, arrastrando mi caña y siendo ya del todo oscuro, vi en una ojeada rápida una marmota que pasó furtivamente por mi sendero y sentí una emoción extraña de salvaje delicia, y tuve la fuerte tentación de capturarla y devorarla cruda; no porque yo tuviera hambre en aquel entonces, sino por aquel salvajismo que la marmota representaba. (...) Los sucesos más feroces habían llegado a serme sumamente familiares. Encontré entonces en mí —y aun ahora lo hallo— un instinto que me llevaba hacia una vida más alta o

espiritual, según suele decirse, como lo tiene la mayoría de los hombres, y otro instinto que me llevaba hacia un nivel primitivo y salvaje; y guardo respeto por ambos. Reverencio lo salvaje tanto como lo bueno. La aventura silvestre de la pesca me apetecía. A veces me place ocupar un lugar firme en la vida y emplear mi día como lo hacen los animales. Quizá mi muy estrecha relación con la Naturaleza la deba yo a esa ocupación y a la caza, que practiqué de muy joven. (...)

Toda nuestra vida es de una moral sorprendente. Entre la virtud y el vicio jamás hay un instante de tregua. La única inversión que nunca quiebra es la bondad. Lo que nos conmueve en la música del arpa que vibra por todo el orbe es que insista en esto. El arpa es el agente viajero de la Compañía de Seguros del Universo, que recomienda sus leyes, y no tenemos que pagar otra prima que nuestra pequeña bondad. Aunque, al fin, la juventud crece indiferente, las leyes del orbe no son indiferentes, sino que se encuentran siempre del lado de lo más sensible. Escuchen para los reproches a todos los céfiros, porque seguramente contendrán alguno, y quien no lo oiga es infortunado. No podemos rasgar una cuerda o golpear una tecla sin que nos traspase la moral fascinante. Muchos ruidos cansadores, si uno se aleja de ellos un buen trecho, se oyen como música, lo que constituye una soberbia y dulce sátira de la mezquindad de nuestras vidas.

Somos conscientes de que hay un animal en nosotros cuyo despertar está en razón directa al letargo de lo superior de nuestra naturaleza. Aquel es reptil y sen-

sual, y quizá no lo podemos expulsar completamente; es como los gusanos que están instalados en nuestro cuerpo, aunque estemos vivos y sanos. Es posible que podamos alejarnos de ese animal, pero jamás podremos cambiar su naturaleza. Temo que él mismo pueda gozar de cierta salud que le es propia; temo que nosotros podamos estar bien, pero no puros. Hace unos días levanté del suelo el maxilar inferior de un puerco, provisto de colmillos blancos y robustos, lo que sugería una salud y una fuerza animales diferentes de las iguales calidades del espíritu. Ese animal triunfaba por métodos que no eran la templanza y la pureza. Decía Menicio que los humanos diferimos de los brutos en algo poco estimado; el rebaño común lo pierde pronto; los hombres superiores lo conservan con cuidado. Si hubiéramos alcanzado la pureza, ¿quién sabe qué clase de vida habría resultado? Si yo conociera un hombre tan sabio que pudiera enseñarme la pureza, iría a buscarle inmediatamente. El Veda declara que el gobierno de nuestras pasiones y de los sentidos externos corporales, así como las buenas acciones, son indispensables para el acercamiento de la mente a Dios. Pero el espíritu puede, con el tiempo, embeber y gobernar todos los miembros y funciones del cuerpo y convertir en pureza y devoción aquello que por la forma es la sensualidad más grosera.

Todo hombre edifica, según un estilo puramente propio, un templo que se llama su cuerpo para el Dios a quien adora, y no puede escaparse de ello poniéndose a martillar el mármol. Todos somos escultores y

pintores, y los materiales que empleamos son nuestra propia carne, sangre y huesos. Cualquier nobleza comienza enseguida a refinar los rasgos del hombre, cualquier baja o sensualidad empieza a embrutecerlos. (...)

Uno de los atractivos que me trajo a vivir en el bosque era que iba a disponer de ocios y ocasiones para ver venir la primavera. Por fin, el hielo de la laguna comienza a alveolarse y mi tacón penetra en él cuando camino. Nieblas, lluvias y soles más calientes van fundiendo poco a poco la nieve; los días se han hecho sensiblemente más largos; y veo que llegaré al fin del invierno sin añadir más a mi montón de leña, pues ya no son necesarios los fuegos abundantes. Estoy alerta para los primeros signos primaverales, para oír la nota casual de algún ave que llega o el chirrido de la ardilla estriada, pues su almacén debe de estar ya casi vacío, o para ver a la marmota que se aventura fuera de sus cuarteles invernales. (...)

Me pareció así que el declive de esta colina ilustraba el principio de todos los actos de la Naturaleza. El Hacedor de esta tierra no patentó sino una hoja de árbol. ¿Habría un Champollion que nos descifre este jeroglífico de manera que por fin podamos empezar a ver una hoja nueva? Para mí este fenómeno es más estimulante que la lozanía y fertilidad de las viñas. Es cierto que en su carácter hay algo de excrementicio y que no tienen fin los montones de hígados, pulmones e intestinos, como si el orbe presentara hacia fuera el lado equivocado; pero esto indica, por lo menos, que

la Naturaleza tiene entrañas y así, de nuevo, que es madre de la humanidad. Esto es la escarcha que se retira del suelo; esta es la primavera. Precede a la primavera verde y floreciente, de igual manera que la mitología se anticipa a la poesía. Nada conozco que limpie mejor los flatos e indigestiones del invierno. Ello me convence de que la Tierra aún se encuentra en pañales y que extiende a todas partes sus dedos infantiles. De las sienes más valientes nacen rizos nuevos. Nada inorgánico existe. Esos montones foliáceos que se hallan a lo largo del talud, como las escorias de un horno, muestran que la Naturaleza se halla interiormente en pleno ejercicio. La Tierra no es meramente un fragmento de historia muerta, colocada estrato sobre estrato como las hojas de un libro, para que la estudien sobre todo geólogos y anticuarios, sino que es poesía viviente al igual que las hojas de un árbol, que preceden a las flores y a los frutos; no es una Tierra fósil, sino una Tierra viva; toda vida animal y vegetal, comparada con la gran vida central de la Tierra, es meramente parasitaria. Sus angustias levantarán a nuestros restos de sus tumbas. Puede alguien fundir sus metales y verterlos en los más hermosos moldes: nunca me excitarán tanto como las formas en que se vuelca esta Tierra derretida. Y no sólo la Tierra, sino también las instituciones que sobre ella asientan, son tan plásticas como el barro arcilloso en manos del ceramista.

En la proximidad de la primavera, las ardillas coloradas llegaban desde abajo de mi casa, por parejas, directa-

mente hasta mis pies, mientras yo estaba sentado leyendo o escribiendo, y lanzaban los sonidos más extraños que jamás he oído: cloqueos y gorjeos y gorgoteos y piruetas vocales; y cuando yo pateaba, ellas trinaban aún más alto, como desafiando a la humanidad para que las detuviese, como si hubieran perdido todo temor y respeto en su loca jarana... Eran completamente sordas a mis argumentos o no lograban darse cuenta de su fuerza y caían en una irresistible melodía de invectivas.

¡El primer gorrión de la primavera! ¡El año comienza con una esperanza más joven que la que nunca hubo! Los débiles trinos plateados que se oyen en los campos húmedos y parcialmente desnudos procedentes del azulejo, del gorrión cantor y del malvís, parecía como si los últimos copos del invierno tintinearán al caer. ¿Qué son en un tiempo como este las historias y cronologías, las tradiciones y todas las revelaciones escritas? Los arroyos cantan villancicos y gozos a la primavera. El gavián, volando cerca de la pradera, busca ya la primera vida que despierta en el légamo. El sonido de la caída de la nieve en fusión se oye en todas las cañadas y el hielo se disuelve deprisa en las lagunas. El pasto flamea sobre las laderas como un fuego vernal, como si la tierra mandara fuera un calor interno que saludara al sol que vuelve; el color de esa llama no es amarillo, sino verde: el símbolo de la perpetua juventud, la brizna de hierba, semejante a una cinta verde, se extiende desde el césped hasta el verano, interrumpida sin embargo por la escarcha, pero brotando de

nuevo enseguida, levantando su lanza del heno del pasado año con la fresca vida de abajo. Crece tan firmemente como la fuente mana del suelo.

Es casi idéntico al manantial, pues en los días estivales en que tanto se desarrollan, cuando los ramblizos están secos, las briznas de hierba son sus canales, y año tras año los rebaños beben de esta perenne y verde corriente y el segador extrae de ella sus víveres de invierno cuando están en sazón. Así, nuestra vida humana no muere sino que se hunde, hasta sus raíces, y brota de nuevo su verde brizna hacia la eternidad.

La vida de nuestra aldea se estancaría de no ser por los bosques y prados sin explorar que la circundan. Necesitamos el tónico de la rusticidad, a veces caminar por marjales donde acechan el alcaraván y la sora y oír el zumbido de la agachadiza, oír el susurro de la enea en la que solamente labra su nido algún ave más salvaje y solitaria y el visón se arrastra con su abdomen muy cercano a la tierra. A la par que estamos empeñados en explorar y aprender todas las cosas, requerimos que todas ellas sean misteriosas e inexplorables, que la tierra y el mar sean infinitamente salvajes, no inspeccionados ni sondeados por nosotros, por ser insondables. Jamás nos hartamos de la Naturaleza. Debemos refrescarnos con la visión de ese vigor inagotable, de caracteres vastos y titánicos, la costa marítima con sus desechos de naufragios, las selvas con sus árboles tanto vivos como yertos, la nube del trueno y el diluvio que dura tres semanas y origina inundaciones. Necesitamos ver que nuestros propios límites han sido sobrepasados y

alguna criatura viviente paciéndose con libertad donde jamás apacentaríamos nosotros.

Nos agrada ver el buitre alimentándose de la carroña que nos molesta y desazona, y obteniendo salud y vigor de tal comida. En el sendero que a mi casa se dirigía, se encontraba un jamelgo muerto que a veces me obligaba a salir de mi camino (sobre todo de noche, cuando el aire se ponía pesado), pero ello fue compensado por la seguridad que me proporcionó del voraz apetito y la inviolable salud de la Naturaleza. Me gusta ver que la Naturaleza esté tan plena de vida como para permitirse que miles de criaturas sean sacrificadas y sufrir que se devoren las unas a las otras; que tiernas organizaciones puedan ser tranquilamente eliminadas de la existencia, aplastadas como pulpa, como los renacuajos son zampados por las garzas, o las tortugas y sapos reventados en el camino. ¡Y que a veces ello haya hecho llover carne y sangre!

Con la exposición a los accidentes, debemos ver cuán ligera cuenta se lleva por ellos. La impresión que todo eso produce a un sabio es que existe una inocencia universal. A fin de cuentas el veneno no es venenoso, ni las heridas son fatales. La compasión es un terreno muy difícil de sostener. Debe ser expeditiva y sus alegatos no toleran volverse estereotipados.

A principios de mayo, los robles, nogales americanos, arces y otros árboles que estaban brotando entre las pinedas que rodean a la laguna proporcionaban al paisaje un brillo semejante al del sol, especialmente en los días nublados, como si el sol estuviera quebrando

las brumas y brillando suavemente en las laderas aquí y allá. Y así las estaciones van rodando hacia el estío como si uno pasara entre hierbales cada vez más altos. (...)

Abandoné el bosque por una razón tan potente como aquella que me llevó a él. Me pareció que quizá tenía ya varias vidas más que cumplir y que no podía dedicar más tiempo a esa clase de vida. Es notable cuán fácil e insensiblemente reincidimos en un camino particular y lo convertimos en un sendero trillado. Aún no había vivido yo allá una semana y mis pies ya habían marcado una senda entre la puerta de la casa y la orilla de la laguna; y aunque ya hacia cinco o seis años que no la recorría, todavía se la distinguía perfectamente bien. Sospecho que otros la habrán usado también y contribuido así a mantenerla abierta. La superficie de la tierra es blanda y en ella se imprimen las pisadas humanas; y lo mismo sucede con los caminitos que recorre la mente. ¡Cuán estropeadas y polvorientas deben de estar, pues, las grandes carreteras del mundo y cuán profundas las huellas que dejan en ellas la tradición y el conformismo! No quiero tomar pasaje de camarote, sino más bien ir delante del mástil, sobre la cubierta del mundo, porque desde allí podré divisar mejor la luz lunar entre las montañas. Ya no deseo viajar abajo. Con mi experimento aprendí al menos que si uno avanza confiado en la dirección de sus ensueños y acomete la vida que se ha imaginado para sí, hallará un éxito inesperado en sus horas comunes. Dejará atrás algunas cosas, cruzará una invisible frontera; unas leves

nuevas, universales y más liberales, principiarán a regir por sí mismas dentro y alrededor de él; o las viejas leyes se expandirán y serán interpretadas en beneficio suyo en un sentido más generoso, y vivirá con el permiso de seres pertenecientes a un orden más elevado. En la proporción en que haga más sencilla su vida, le parecerán menos complicadas las leyes del universo y la soledad no será soledad, ni la pobreza será pobreza, ni la debilidad será debilidad. Si uno ha construido castillos en el aire, su tarea no se perderá; porque ahí están bien edificados. Que tan sólo ponga ahora los cimientos bajo esos castillos. (...)

¿Por qué hemos de tener una prisa tan grande en triunfar, y en empresas tan desesperadas? Si un hombre no marcha a igual paso que sus compañeros, puede que eso se deba a que escuche un tambor diferente. Que camine al ritmo de la música que oye, aunque sea lenta y remota. No importa que madure con la rapidez del manzano o del roble. ¿Cambiará él su primavera en estío? Si todavía no existe la coyuntura de las cosas para las que fuimos creados, ¿con qué realidad las reemplazaríamos? No debemos encallar en una realidad hueca. ¿Construiremos con trabajo un cielo de vidrio azul sobre nosotros, para que cuando esté hecho nos afanemos en contemplar, más lejos y arriba, el verdadero cielo etéreo, como si no existiera el anterior?

Por menguada que sea tu vida, enfréntala y vívela; no la esquives, ni le apliques rudos apelativos. Ella no es tan mala como tú. Parecerá más pobre cuanto más rico seas tú. Aun en el paraíso hallará faltas el crítico. Ama

tu vida por pobre que sea. Puedes tener horas agradables, emocionantes y gloriosas hasta en un asilo. El sol poniente se refleja en las ventanas de un hospicio con igual brillo que en la mansión del hombre opulento; en la primavera, la nieve se funde ante su puerta tan pronto como en otras partes. Un alma reposada puede vivir ahí tan contenta y tener pensamientos tan alegres como en un palacio. Con frecuencia me parece que los pobres de la villa viven una vida más independiente que cualquier otra persona. Quizá son sencillamente lo bastante grandes para recibir sin desconfianza. Cultiva la pobreza como una hierba de jardín, como la salvia.

No te intereses mucho en conseguir cosas nuevas, ya sean vestidos o amigos. Da vuelta los viejos vestidos; vuelve a los viejos amigos. Las cosas no varían, nosotros sí. Vende tus ropas y conserva tus pensamientos. Dios verá que no te haga falta la sociedad. Si yo estuviera confinado en el rincón de una buhardilla de por vida, igual que una araña, el mundo sería para mí exactamente tan grande como antes, mientras mantuviera mis pensamientos conmigo. Dijo el filósofo: Se puede capturar al general de un ejército de tres divisiones y desbandarlo, pero no se le pueden quitar sus pensamientos ni siquiera al hombre más abyecto y vulgar. No busques tan ansiosamente desarrollarte, ni someterte a muchos influjos; todo eso es disipación. La humildad, como la oscuridad, revela las luces del cielo. Las sombras de la pobreza y de la miseria se acumulan a nuestro alrededor y ¡qué maravilla!, la creación se

ensancha ante nuestros ojos. Recordemos a menudo que si se nos confiriera la riqueza de Creso, nuestros objetivos deberían ser los mismos, y nuestros medios idénticos en esencia. Si además, la pobreza restringe tu actuación, si, por ejemplo, no puedes comprar libros ni periódicos, te limitarás a las experiencias de mayor significación y más vitales; ello te obligará a ocuparte del material que rinde más azúcar y más almidón. La vida más dulce es la que está más próxima a los huesos. No podrás ser una persona frívola. Nada pierde el hombre en un nivel inferior por su grandeza en un nivel superior. Con riqueza superflua no se puede comprar sino cosas superfluas. No hace falta dinero para cosa alguna necesaria para el alma. (...)

Antes que el amor, el dinero y la reputación, denme la verdad. Me senté a una mesa en la que había sabrosos manjares y vino abundante y cuidadosa atención, pero donde faltaban la sinceridad y la verdad; y me escapé con hambre de aquel ágape poco hospitalario. La hospitalidad era tan glacial como el hielo. Me pareció que no hacía falta allí hielo alguno para congelar a los comensales. Me hablaron de lo añejo del vino y de la fama de la bodega; pero pensé en un vino más viejo y más nuevo, más puro, y en una cosecha más gloriosa, que ellos no habían conseguido ni podían adquirir. Para mí, nada valen la clase, la casa, el jardín y la diversión. Fui a visitar al rey, pero hizo que lo esperara en el salón y se condujo como un hombre incapaz de hospitalidad alguna. En mi aldea había un hombre que vivía en el hueco de un árbol. Sus moda-

les eran verdaderamente regios. Mejor hubiera hecho yo en haber ido a visitarlo a él. ¿Hasta cuándo nos sentaremos en nuestros portales, practicando vanas y rancias virtudes que cualquier trabajo convertiría en impertinentes? (...)

¡Qué jóvenes somos como filósofos y experimentadores! No existe uno solo entre mis lectores que haya vivido ya una completa vida humana. Puede que no sean estos sino los meses de primavera en la vida de la raza. No conocemos sino una pequeña cortecilla del globo en que vivimos. La mayoría de las personas no han ahondado seis pies por debajo de su superficie ni brincado otros tantos hacia arriba. No sabemos dónde nos encontramos. Además, permanecemos dormidos completamente más de la mitad de nuestro tiempo. Sin embargo, nos consideramos sabios y tenemos, sobre la superficie, un orden establecido. ¡Es verdad, somos pensadores profundos, espíritus ambiciosos! Cuando me planto cerca del insecto que se arrastra en medio de los piñones, en el suelo del pinar, tratando de esconderse a mi mirada, y me pregunto por qué el insecto acariciaría esos humildes pensamientos y ocultaría su cabeza de mi presencia cuando quizá podría ser yo su benefactor y proporcionar alguna información consoladora a su raza, me acuerdo del Gran Bienhechor y de la Inteligencia que me observa a mí, el insecto humano.

Hay un flujo incesante de innovación en el mundo, pero toleramos una opacidad increíble. Bastará con que mencione la clase de sermones que aún se escu-

chan en los países más ilustrados. Existen palabras como alegría y tristeza, pero sólo son el estribillo de un salmo cantado con tonillo nasal, mientras seguimos creyendo en lo ordinario y lo mezquino. Creemos que no podemos cambiar sino de indumentaria. (...)

En nosotros la vida es como el agua de un río. Este año puede haber una crecida como jamás haya conocido el hombre, e inundar las abrasadas tierras altas; puede ser el año memorable en que todas nuestras razas almizcleras perezcan ahogadas. Donde habitamos no siempre fue terreno seco. Veo muy tierra adentro las orillas que antiguamente lavaba la corriente, antes de que la ciencia comenzara a registrar sus crecidas. Todo el mundo ha oído el cuento que ha circulado por Nueva Inglaterra, de un escarabajo fuerte y bello que salió de la seca tabla de una vieja mesa de manzano que había estado en la cocina de una granja durante sesenta años, primero en Connecticut y luego en Massachusetts; procedía de un huevo depositado en el manzano cuando este vivía, muchos años antes, como se comprobó al contar las capas anuales de la madera que rodeaba al huevo. Se lo sintió roer hacia afuera durante varias semanas, incubado probablemente por el calor de un samovar. ¿Quién, oyendo esto, no siente fortalecida su fe en la resurrección y en la inmortalidad? Quizás alguna bella vida alada asome inesperadamente en medio del mueble más trivial, manoseado por unos y otros en la sociedad, para disfrutar, al fin, de su perfecta vida estival; su huevo habría sido enterrado durante siglos bajo muchas capas concéntricas de

madera, en la seca y muerta vida de la sociedad, depositado en primer lugar en el alburno del árbol vivo y verde, que se convertiría poco a poco en algo semejante a una tumba bien curada; quizá la asombrada familia del hombre, cuando se sentaba en derredor de la alegre mesa, le haya oído abrirse paso hacia afuera, royendo durante años.

La luz que enceguece nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Sólo alborea el día para el cual estamos despiertos. Hay aún muchos días por amanecer. El sol no es sino una estrella de la mañana.

DESOBEDIENCIA CIVIL

Creo de todo corazón en el lema "El mejor gobierno es el que tiene que gobernar menos", y me gustaría verlo hacerse efectivo más rápida y sistemáticamente. Bien llevado, finalmente resulta en algo en lo que también creo: "El mejor gobierno es el que no tiene que gobernar en absoluto". Y cuando los pueblos estén preparados para ello, ése será el tipo de gobierno que tengan. En el mejor de los casos, el gobierno no es más que una conveniencia, pero en su mayoría los gobiernos son inconvenientes y todos han resultado serlo en algún momento. Las objeciones que se han hecho a la existencia de un ejército permanente, que son varias y de peso, y que merecen mantenerse, pueden también por fin esgrimirse en contra del gobierno. El ejército permanente es sólo el brazo del gobierno establecido. El gobierno en sí, que es únicamente el modo escogido por el pueblo para ejecutar su voluntad, está igualmente sujeto al abuso y la corrupción antes de que el pueblo pueda actuar a través suyo. Somos testigos de la actual guerra con Méjico, obra de unos pocos individuos comparativamente, que utilizan como herramienta al gobierno actual; en principio, el pueblo no habría aprobado esta

medida. El gobierno de los Estados Unidos ¿qué es sino una tradición, bien reciente por cierto, que lucha por proyectarse intacta hacia la posteridad, pero perdiendo a cada instante algo de su integridad? No tiene la vitalidad y fuerza de un solo hombre: porque un solo hombre puede doblegarlo a su antojo. Es una especie de fusil de madera para el mismo pueblo, pero no es por ello menos necesario para ese pueblo, que igualmente requiere de algún aparato complicado que satisfaga su propia idea de gobierno. Los gobiernos demuestran, entonces, cuán exitoso es imponérselo a los hombres y aún, hacerse ellos mismos sus propias imposiciones para su beneficio. Es excelente, tenemos que aceptarlo. Sin embargo, este gobierno nunca adelantó una empresa, excepto por la algarabía con la que sacó el cuerpo. No mantiene al país libre. No deja al Oeste establecido. No educa. El carácter inherente al pueblo americano es el responsable de todo lo que se ha logrado, y hubiera hecho mucho más si el gobierno no le hubiera puesto zancadilla, como ha ocurrido tantas veces. Porque el gobierno es una estratagema por la cual los hombres intentan dejarse en paz los unos a los otros y llega al máximo de conveniencia cuando los gobernados son dejados en paz. Si el mercado y el comercio no estuvieran hechos de caucho, jamás lograrían salvar los obstáculos que los legisladores les atraviesan en forma sistemática. Y si uno fuera a juzgar a esos señores sólo por el efecto de sus acciones, y no en parte por sus intenciones, mere-

cerían ser castigados como a los malhechores que atraviesan troncos sobre los rieles del ferrocarril.

Pero, para hablar en forma práctica y como ciudadano, a diferencia de aquellos que se llaman "antigobiernistas", yo pido, no como "antigobiernista" sino como ciudadano, y de inmediato, un mejor gobierno. Permítasele a cada individuo dar a conocer el tipo de gobierno que lo impulsaría a respetarlo y eso ya sería un paso ganado para obtener ese respeto. Después de todo, la razón práctica por la cual, una vez que el poder está en manos del pueblo, se le permite a una mayoría, y por un período largo de tiempo, regir, no es porque esa mayoría esté tal vez en lo correcto, ni porque le parezca justo a la minoría, sino porque físicamente son los más fuertes. Pero un gobierno en el que la mayoría rige en todos los casos no se puede basar en la justicia, aún en cuanto ésta es entendida por los hombres. ¿No puede haber un gobierno en el que las mayorías no decidan de manera virtual lo correcto y lo incorrecto —sino a conciencia?, ¿en el que las mayorías decidan sólo los problemas para los cuales la regulación de la conveniencia sea aplicable? ¿Tiene el ciudadano en algún momento, o en últimas, que entregarle su conciencia al legislador? ¿Para qué entonces la conciencia individual? Creo que antes que súbditos tenemos que ser hombres. No es deseable cultivar respeto por la ley más de por lo que es correcto. La única obligación a la que tengo derecho de asumir es a la de hacer siempre lo que creo correcto. Se dice muchas veces, y es cierto, que una corporación

no tiene conciencia; pero una corporación de personas conscientes es una corporación con conciencia. La ley nunca hizo al hombre un ápice más justo, y a causa del respeto por ella, aún el hombre bien dispuesto se convierte a diario en el agente de la injusticia. Resultado corriente y natural de un indebido respeto por la ley es el ver filas de soldados, coronel, capitán, sargento, polvoreros, etc., marchando en formación admirable sobre colinas y cañadas rumbo a la guerra, contra su voluntad, contra su sentido común y sus conciencias, lo que hace la marcha más ardua y produce un palpito en el corazón. No les cabe duda de que la tarea por cumplir es infame; todos están inclinados hacia la paz. Pero, ¿qué son? ¿Son hombres acaso? ¿O pequeños fuertes y polvorines al servicio de algún inescrupuloso que detenta el poder? Visiten un patio de la Armada y observen un marino, el hombre que el gobierno americano puede hacer, o mejor en lo que lo puede convertir con sus artes nigrománticas —una mera sombra y reminiscencia de humanidad, un desarraigado puesto de lado y firmes, y, se diría, enterrado ya bajo las armas con acompañamiento fúnebre... aunque puede ser que

"No se oyó ni un tambor,
ni la salva de adiós escuchamos,
cuando el cuerpo del héroe y su honor
en la tumba en silencio enterramos".

La masa de hombres sirve pues al Estado, no como hombres sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército erguido, la milicia, los carceleros, los alguaciles, posse comitatus, etc. En la mayoría de los casos no hay ningún ejercicio libre en su juicio o en su sentido moral; ellos mismos se ponen a voluntad al nivel de la madera, la tierra, las piedras; y los hombres de madera pueden tal vez ser diseñados para que sirvan bien a un propósito. Tales hombres no merecen más respeto que el hombre de paja o un bulto de tierra. Valen lo mismo que los caballos y los perros. Aunque aún en esta condición, por lo general son estimados como buenos ciudadanos. Otros –como la mayoría de los legisladores, los políticos, abogados, clérigos y oficinistas– sirven al Estado con la cabeza, y como rara vez hacen distinciones morales, están dispuestos, sin proponérselo, a ponerle una vela a Dios y otra al Diablo. Unos pocos, como héroes, patriotas, mártires, reformadores en el gran sentido, y hombres– sirven al Estado a conciencia, y en general le oponen resistencia. Casi siempre son tratados como enemigos. El hombre sabio será útil sólo como hombre, y no aceptará ser "arcilla" o "abrir un hueco para escapar del viento", sino que dejará ese oficio a sus cenizas.

"Soy nacido muy alto para ser convertido en propiedad,
para ser segundo en el control
o útil servidor e instrumento
de ningún Estado soberano del mundo".

El que se entrega por completo a sus congéneres les parece a ellos inútil y egoísta; pero aquel que se les entrega parcialmente es considerado benefactor y filántropo.

¿Cómo le conviene a una persona comportarse frente al gobierno americano de hoy? Le respondo que no puede, sin caer en desgracia, ser asociado con éste. Yo no puedo, ni por un instante, reconocer una organización política que como gobierno mío es también gobierno de los esclavos. Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución; es decir, el derecho a negarse a la obediencia y poner resistencia al gobierno cuando éste es tirano o su ineficiencia es mayor e insoportable. Pero muchos dicen que ese no es el caso ahora. Pero era el caso, creo, en la Revolución de 1775. Si alguien viene a decirme que aquel era un mal gobierno porque gravaba ciertas mercancías extranjeras que llegaban a sus puertos, seguramente no haría yo mucho caso del asunto, puesto que me basto sin ellas. Toda máquina produce una fricción, y ésta probablemente no es suficiente para contrarrestar el mal. En todo caso, es un gran mal hacer gran bulla al respecto. Pero cuando la fricción se apodera de la máquina y la opresión y el robo se organizan, les digo, no mantenemos tal máquina por más tiempo. En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de una nación que ha tomado como propio ser el refugio de la libertad está esclavizada, y todo un país está injustamente subyugado y conquistado por un ejército extranjero y sujeto a la ley militar, no creo que sea

demasiado pronto para que los honestos se rebelen y hagan revolución. Lo que hace más urgente esta obligación es que el país así dominado no es el nuestro y lo único que nos queda es el ejército invasor.

Paley, conocida autoridad con muchos otros en asuntos morales, en su capítulo sobre "Obligación a la obediencia al Gobierno Civil", resuelve toda obligación moral a la conveniencia y continúa diciendo que "en cuanto el interés de toda la sociedad lo requiera, es decir, en cuanto al gobierno establecido no se pueda oponer resistencia o cambiar sin inconveniencia pública, es la voluntad de Dios... que el gobierno establecido sea obedecido... y no más. Al admitir este principio, la justicia de cada caso específico de resistencia se reduce al computo de la cantidad de peligro y afrenta, por un lado, y a la probabilidad y costo de remediarlo, por el otro". De esto, dice, cada persona juzgará por sí misma. Pero parece que Paley nunca contempló aquellos casos en los que la ley de conveniencia no es aplicable, en los que un pueblo, tanto como un individuo, debe ejercer justicia, cueste lo que cueste. Si injustamente le he arrebatado una tabla a un hombre que se está ahogando, debo devolvérsela aunque yo me ahogue. Esto, según Paley, no sería conveniente. Pero aquel que salve su vida en tal forma, la perderá. Este pueblo tiene que dejar de tener esclavos y de hacerle la guerra a Méjico, aunque le cueste su propia existencia como pueblo.

¿En sus prácticas, las naciones están de acuerdo con Paley, pero cree alguien que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

"Una puta por Estado, recamado de plata, que le lleven la cola, pero que deja la huella de su alma en la mugre".

En la práctica, quienes se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros del Norte, quienes están más interesados en el comercio y la agricultura que en la humanidad, y no están preparados para hacer justicia a los esclavos y a Méjico, cueste lo que cueste. Yo no lucho con adversarios lejanos, sino en contra de quienes, aquí mismo en casa, cooperan y licitan por los que están lejos, y sin los cuales estos últimos serían inofensivos. Estamos acostumbrados a decir que las masas no están preparadas; pero las mejoras son lentas, porque los pocos no son ni materialmente más sabios ni mejores que los muchos. No es tan importante que muchos sean tan buenos como usted, como que haya alguna bondad absoluta en alguna parte, porque ella será la levadura para todo el conjunto. Hay miles de personas que se oponen a la esclavitud y la guerra, pero sin embargo no hacen nada para terminarlas; hay quienes, considerándose hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos, y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; hay quienes anteponen el asunto del libre comercio al de la libertad y leen

muy calmados las cotizaciones junto con los últimos informes sobre Méjico, después de la cena, y hasta se quedan dormidos sobre ellos. ¿Cuál es la cotización para un hombre honesto y patriota hoy? Ellos se lo preguntan, tienen remordimientos y hasta redactan un memorial, pero no hacen nada con convicción y efecto. Esperan, muy bien dispuestos, a que otros le pongan remedio al mal, para que ya no les remuerda. Cuando mucho, depositan un voto barato, con un débil patrocinio y deseo de feliz viaje a lo correcto, en cuanto a ellos respecta. Hay novecientos noventa y nueve patronos de la virtud por un hombre virtuoso. Pero es más fácil negociar con el dueño real de alguna cosa que con su guardián temporal. Toda votación es un tipo de juego como las damas o el backgammon, con un ligero tinte moral, un jueguito entre lo correcto y lo incorrecto con preguntas morales, acompañado, naturalmente, de apuestas. El carácter de los votantes no entra en juego. Deposito mi voto, por si acaso, pues lo creo correcto, pero no estoy comprometido en forma vital con que esa corrección prevalezca. Se lo dejo a la mayoría. La obligación de mi voto, por lo tanto, nunca excede la conveniencia. Aún votar por lo correcto no es hacer nada por ello. Es simplemente expresar bien débilmente ante los demás un deseo de que eso (lo correcto) prevalezca. El hombre sabio no deja el bien a la merced del chance, ni desea que prevalezca por el poder de la mayoría. Hay poca virtud en la acción de las masas. Cuando la mayoría finalmente vote por la abolición de la esclavitud, será porque

ya es indiferente a ella, o por que queda poca esclavitud para ser abolida con su voto. Entonces ellos mismos serán los únicos esclavos. Sólo acelera con su voto la abolición de la esclavitud quien afirma por medio de él su propia libertad.

Me entero de una convención a reunirse en Baltimore, o en alguna otra parte, para escoger un candidato a la Presidencia, convención formada principalmente por editores y políticos de profesión; pero me pregunto, ¿qué representa para una persona independiente, inteligente y respetable la decisión que allí se tome? ¿No tenemos, sin embargo, la ventaja de la sabiduría y la honestidad? ¿No contamos con algunos votos independientes? ¿No hay muchas personas en este país que no asisten a convenciones? Pero no: encuentro que el llamado hombre respetable ha sido arrastrado de su posición, y se desespera de su país, cuando su país tiene más razones para desesperarse de él. En el acto, adopta a uno de los candidatos seleccionados, como el único disponible, probando que él mismo está disponible para cualquier propósito del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de cualquier extranjero sin principios o nacional a sueldo, que haya sido comprado. ¡Loa al hombre que es hombre!, o, como dice un vecino "es hueso difícil de roer". Nuestras estadísticas están erradas: la población es presentada exageradamente grande. ¿Cuántos habitantes hay por milla cuadrada en este país? Escasamente uno. ¿Es que los Estados Unidos no ofrecen aliciente para que las gentes se establezcan aquí? El norteamericano ha degenerado

en el Tipo Simpático –conocido por el desarrollo de su órgano de sociabilidad, por la falta manifiesta de intelecto y por una seguridad desenfadada, cuya primera y más importante preocupación al llegar a este mundo, es ver que los hospicios estén en buenas condiciones, y antes de que haya estrenado su atuendo viril, empieza a recolectar fondos para sostener a las viudas y huérfanos que puedan aparecer, y quien, en últimas, se aventura a vivir solo de la ayuda de la Mutua de Seguros, que le ha prometido enterrarlo decentemente.

De hecho, no es obligación de un individuo dedicarse a la erradicación del mal, aún del más enorme; bien puede tener otras inquietudes que lo ocupen. Pero es su obligación al menos lavarse las manos de ese mal, y si no le dedica mayor pensamiento, tampoco debe darle su apoyo en la práctica. Si yo me dedico a otras empresas y contemplaciones, debo ante todo ver que no las emprenda montado sobre los hombros de otro. Debo desmontarme primero para que él pueda adelantar sus contemplaciones también. Vean qué gran inconsistencia se tolera. Les he oído decir a algunos de mis paisanos: "Me gustaría que me ordenaran ir a ayudar a extinguir una insurrección de esclavos o a marchar a Méjico, ya vería si voy". Y, sin embargo, cada uno de ellos ha contribuido, directamente con su obediencia, e indirectamente con su dinero, suministrando un sustituto. El soldado que rehúsa servir en una guerra injusta es aplaudido por aquellos que no rehúsan sostener al gobierno injusto que hace la gue-

rra; es aplaudido por aquellos cuyos actos y autoridad ese gobierno no tiene en cuenta ni valora en nada. Como si el Estado estuviera tan arrepentido que contratara a uno para que lo azotara mientras peca, pero no para dejar de pecar. Así, bajo el rótulo del Orden y Gobierno Civil se nos hace a todos rendir homenaje y sostener nuestra propia maldad. Después del primer sonrojo de pecado se pasa a la indiferencia y de lo inmoral se llega a lo amoral, lo que resulta necesario para esa vida que nos hemos forjado. El error más amplio y permanente necesita de la más desinteresada virtud para sostenerse. Los nobles son quienes más comúnmente incurren en el ligero reproche que se le hace a la virtud del patriotismo. Aquellos, quienes a la vez que desaprueban el carácter y las medidas de un gobierno, le entregan su respaldo, son sin duda sus más conscientes soportes y con frecuencia el obstáculo más serio a la reforma.

Algunos le están pidiendo al Estado disolver la Unión para desconocer las solicitudes del Presidente. ¿Por qué no la disuelven ellos mismos —la unión entre ellos y el Estado— y se niegan a pagar su cuota al Tesoro? ¿No están ellos en la misma relación con el Estado que éste con la Unión? ¿Y no son las mismas razones que han impedido al Estado oponerse a la Unión las que les impiden a ellos oponerse al Estado? ¿Cómo puede una persona estar satisfecha con sólo mantener una opinión y al mismo tiempo disfrutarlo? ¿Hay alguna satisfacción en ello, si su opinión es la de que está siendo agravado? Si a usted lo engañan así sea en un solo dólar,

usted no queda satisfecho con saber que lo engañaron, con decirlo, ni aún con pedir que se le restituya lo que le pertenece; sino que usted se empeña de manera efectiva en recuperar la suma completa y en ver que no se le vuelva a engañar jamás. La acción por principio, la percepción y el desarrollo de lo correcto, cambian las cosas y las relaciones; es algo esencialmente revolucionario y no concuerda con nada de lo que fue. No solo dividió Estados e Iglesias, divide a las familias; ¡ay!, divide al individuo, separando en él lo diabólico de lo divino.

Existen leyes injustas: ¿debemos estar contentos de cumplirlas, trabajar para enmendarlas, y obedecerlas hasta cuando lo hayamos logrado, o debemos incumplirlas desde el principio? Las personas, bajo un gobierno como el actual, creen por lo general que deben esperar hasta haber convencido a la mayoría para cambiarlas. Creen que si oponen resistencia, el remedio sería peor que la enfermedad. Pero es culpa del gobierno que el remedio sea peor que la enfermedad. Es él quien lo hace peor. ¿Por qué no está más apto para prever y hacer una reforma? ¿Por qué no valora a su minoría sabia? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no estimula a sus ciudadanos a que analicen sus faltas y lo hagan mejor de lo que él lo haría con ellos? ¿Por qué siempre crucifica a Cristo, excomulga a Copérnico y a Lutero y declara rebeldes a Washington y a Franklin? ¿Uno pensaría que una negación deliberada y práctica de su autoridad fue la única ofensa jamás contemplada por su gobierno, o si

no, por qué no ha asignado un castigo definitivo, proporcionado y apropiado? Si un hombre que no tiene propiedad se niega sólo una vez a rentar nueve chelines al Estado, es puesto en prisión por un término ilimitado por ley que yo conozca, y confinado a la discreción de aquellos que lo pusieron allí; pero si le roba noventa veces nueve chelines al Estado, es pronto puesto de nuevo en libertad.

Si la injusticia es parte de la fricción necesaria de la máquina del gobierno, vaya y venga, tal vez la fricción se suavice —ciertamente la máquina se desgasta. Si la injusticia tiene un resorte, una polea, un cable, una manivela exclusivamente para sí, quizá usted pueda considerar si el remedio no es peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que le exige a usted ser el agente de injusticia para otro, entonces yo le digo, incumpla la ley. Deje que su vida sea la contra fricción que pare la máquina. Lo que tengo que hacer es ver, de cualquier forma, que yo no me presto al mal que condeno. En cuanto a adoptar las maneras que el Estado ha entregado para remediar el mal, yo no sé nada de tales maneras. Toman mucho tiempo, y la vida se habrá acabado para entonces. Tengo otras cosas que hacer. Yo vine a este mundo no propiamente a convertirlo en un buen sitio para vivir, sino a vivir en él, ya sea bueno o malo. Una persona no tiene que hacerlo todo, sino algo; y puesto que no puede hacerlo todo, no es necesario que ande haciendo peticiones al gobernador o al legislador más de lo que ellos me las tienen que hacer a mí. ¿Y si ellos no oyen mi petición,

qué tengo que hacer? En este caso el Estado no tiene respuesta: su propia Constitución es el mal. Esto puede parecer fuerte, terco y no conciliatorio, pero es tratar con la mayor amabilidad y consideración al único espíritu que puede agradecerlo o merecerlo. Así que todo es cambio para mejorar, como el nacimiento y la muerte, que convulsionan el cuerpo. No dudo en afirmar que aquellos que se llaman abolicionistas deberían retirar inmediatamente su apoyo personal y económico al gobierno de Massachusetts, y no esperar a constituir una mayoría de uno que les otorgue el derecho de prevalecer. Creo que es suficiente con tener a Dios de su lado, sin esperar a ese otro uno. Más aún, cualquier hombre más correcto que sus vecinos constituye de por sí una mayoría de uno.

Yo me entrevisto con el gobierno americano, o su representante, el gobierno del Estado, directamente, cara a cara, una vez al año —nada más— en la persona de su recaudador de impuestos; esta es la única forma en la que una persona de mi posición puede encontrarse con ese Estado. Y entonces él dice bien claro: Reconózcame; y la manera más sencilla, la más efectiva, en el actual curso de los hechos, la manera indispensable de tratar con él en su cara, de expresarle uno su poca satisfacción y poco amor por él es negarlo. Mi vecino civil, el recaudador, es el hombre de carne y hueso con quien tengo que tratar —porque, después de todo, es con hombres y no con papeles con quienes yo peleo, y él ha escogido voluntariamente ser un agente del gobierno. ¿Cómo hará para saber bien lo que él es

y lo que tiene que hacer como funcionario del gobierno, o como hombre, cuando se vea obligado a considerar si a mí —su vecino, a quien respeta como buen vecino— me trata como tal, o como a un loco que altera la paz, e igualmente resolver cómo puede sobreponerse a esa obstrucción a la buena voluntad, sin que lo asalten pensamientos más rudos y contundentes, o sin adoptar un vocabulario acorde con su acción? Yo sí lo sé muy bien: si mil, o cien o diez hombres —a quienes puedo nombrar— si sólo diez hombres honestos —si un hombre HONESTO, en este Estado de Massachusetts, dejara de tener esclavos, realmente se retirara de esa sociedad y fuera encerrado por ello en la cárcel del Condado, eso sería la abolición de la esclavitud en América. Porque lo que importa no es qué tan pequeño pueda ser el comienzo: lo que se hace una vez bien, se hace para siempre. Pero preferimos hablar de ello: a lo que digamos, reducimos nuestra misión. La reforma cuenta con muchos informes periódicos a su servicio, pero ni con un solo hombre.

Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que dedicará sus días a tratar el asunto de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de ser amenazado con las prisiones de Carolina, fuera a sentarse como prisionero de Massachusetts, ese Estado que está tan ansioso por endilgarle el pecado de la esclavitud a su hermana, aunque hasta el momento solo se ha basado en un acto de inhospitalidad para

pelear con ella, no desestimaría considerar el tema en la legislatura del próximo invierno.

Bajo un gobierno que encarcela injustamente, el verdadero lugar para un hombre justo está en la cárcel. El lugar apropiado hoy, el único sitio que Massachusetts ha provisto para sus espíritus más libres y menos desalentados está en sus prisiones: está en ser encerrados y excluidos del Estado por acción de éste, así como ellos mismos se han puesto fuera de él, movidos por sus propios principios. Es allí donde los deben encontrar el esclavo fugitivo, el prisionero mejicano puesto en libertad bajo palabra y el indio que vino a interceder por las faltas imputadas a su raza. Es allí, en ese suelo separado, pero más libre y honorable, donde el Estado coloca a los que no están con él, sino en su contra, donde el hombre libre puede habitar con honor. Si alguien piensa que su influjo se pierde allí, y que su voz ya no llega al oído del Estado, que él mismo no es visto como el enemigo dentro de sus muros, no sabe qué tanto la verdad es más fuerte que el error, ni qué tanto puede elocuente y efectivamente combatir la injusticia quien la ha experimentado en su propia persona. Deposite su voto completo, no sólo una tira de papel, sino todo su influjo. Una minoría es impotente, ni siquiera es una minoría, mientras se amolde a las mayorías; pero se vuelve insostenible cuando obstaculiza con todo su peso. Si la alternativa es mantener a todos los justos presos o renunciar a la esclavitud y la guerra, el Estado no dudará en escoger. Si mil ciudadanos no pagaran sus impuestos este año,

esa no sería una medida violenta y sangrienta, como sí lo sería pagarlos, habilitando al Estado para que ejerza violencia y derrame sangre inocente. Esta es, de hecho, la definición de una revolución pacífica, si es que tal revolución es posible. Si el recaudador, o cualquier otro funcionario —como ya ha sucedido— me pregunta: "¿y entonces qué hago?", mi respuesta es: "si usted de verdad quiere hacer algo, renuncie al puesto". Cuando el súbdito se ha negado a someterse y el funcionario renuncia a su cargo, la revolución se ha logrado. ¿Y no hay también derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esta sangre brotan la hombría y la inmortalidad de un ser humano y esa sangre fluye hacia una muerte eterna. Veo esa sangre fluyendo ahora. Hasta ahora, he considerado el encarcelamiento del transgresor más que la confiscación de sus bienes —aunque ambos sirven el mismo propósito— porque aquellos que se sostienen en la corrección más pura, y en consecuencia son más peligrosos para el Estado corrupto, generalmente no han dedicado mucho tiempo a acumular propiedades. A ellos, el Estado comparativamente les presta poco servicio, y un pequeño impuesto es costumbre que parezca exorbitante, particularmente si se les obliga a pagarlo con trabajo de sus propias manos. Si hubiese alguien que viviera completamente sin el uso del dinero, el Estado mismo dudaría en exigirselo. Pero el rico —sin hacer comparaciones odiosas— está siempre vendido a la institución que lo hace rico. En estricto sentido, a más dinero menos virtud, porque el dinero se interpone

entre la persona y sus objetivos y los obtiene para él; ciertamente, no fue gran virtud obtenerlo. El dinero pone de lado muchas preguntas que de otra manera la persona se vería obligada a responder, mientras que la nueva pregunta es difícil pero superflua: ¡cómo gastarlo! Así, le han quitado a la persona su piso moral. Las oportunidades de vivir se disminuyen en proporción al aumento de los llamados "medios de subsistencia". Lo mejor que una persona puede hacer por su cultura cuando es rica, es realizar los esquemas que se propuso cuando era pobre. Cristo respondía a los súbditos de Herodes según su condición. "Mostradme vuestro dinero del tributo", les decía, y uno sacó un centavo del bolsillo, "si usáis dinero acuñado con la imagen del César, y que él ha hecho corriente y valioso, es decir, sois un hombre del Estado y disfrutáis a gusto de las ventajas del gobierno del César, entonces retribuid con algo de lo que le pertenece cuando él os lo pide. Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", y no los dejaba más sabios en cuanto cuál era para cuál, porque ellos no querían saber.

Cuando yo converso con el más libre de mis vecinos, me doy cuenta de que cualquier cosa que mi interlocutor diga sobre la magnitud y seriedad de un asunto, lo mismo que su preocupación por la tranquilidad pública, me la presenta sujeta a la protección del Gobierno vigente y más bien se espanta de las consecuencias que la desobediencia les pueda acarrear a su propiedad y a sus familias. Por mi parte, no quiero ni pensar que alguna vez dependa de la protección del

Estado. Pero si yo niego la autoridad del Estado cuando éste me presenta la cuenta de los impuestos, pronto se llevarán y gastarán mis propiedades y me acosarán a mí y a mis hijos indefinidamente. Esto es doloroso. Esto hace imposible a la persona vivir honestamente y al tiempo con comodidad en lo que a exterioridades respecta. No vale la pena acumular propiedades que de seguro se volverán a ir. Hay que alquilar o invadir cualquier predio, cultivar una pequeña cosecha y comérsela pronto. Hay que vivir dentro de sí mismo y depender de uno mismo, siempre arremangado y listo a arrancar, sin tener muchos asuntos pendientes. Un hombre puede volverse rico en Turquía, si es en todo aspecto un buen súbdito del gobierno turco. Confucio dijo: "Si un Estado es gobernado por los principios de la razón, la pobreza y la miseria son objeto de vergüenza; si el Estado no es gobernado por los principios de la razón, la riqueza y los honores son objeto de vergüenza". No: hasta cuando se me extienda la protección de Massachusetts hasta un puerto en el Sur, donde mi libertad esté en peligro, o hasta cuando me dedique a aumentar mi patrimonio aquí con industriosidad pacífica, me puedo dar el lujo de rehusar la sumisión a Massachusetts, y a su derecho sobre mi propiedad y mi vida. En todo caso, me sale más barato sufrir el castigo por desobediencia al Estado que obedecer. Me sentiría que yo mismo valdría menos.

Hace unos años, el Estado me llamó a favor de la Iglesia y me conminó a pagar una suma para el mante-

nimiento de un clérigo, cuyos sermones mi padre escuchaba, pero yo no. "Pague", se me dijo, "o será encerrado en la cárcel". Yo me negué a pagar. Desafortunadamente, otra persona consideró apropiado hacerlo por mí. Yo no entendía por qué el maestro de escuela tenía que pagar impuesto para sostener al cura, y no el cura para sostener al maestro, así yo no fuera maestro del Estado, sino que me sostenía por suscripción propia. Yo no veía por qué el Liceo no podía presentar su cuenta de impuestos y hacer que el Estado respaldara su petición lo mismo que la de la Iglesia. Sin embargo, a petición de los Concejales, fui condescendiente como para hacer la siguiente declaración por escrito: "Sírvanse enterarse de que yo, Henry Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad a la cual yo mismo no me haya unido". El Estado, habiéndose enterado de que yo no quería ser considerado miembro de esa iglesia, nunca me ha vuelto a hacer tal exigencia, aunque decía que tenía que acogerse a su presunción en ese momento. Si hubiese sabido los nombres, me habría retirado de todas las sociedades a las que nunca me inscribí, pero no supe dónde encontrar la lista completa.

Hace seis años que no pago el impuesto de empadronamiento. Me apresaron una vez por eso, por una noche. Y mientras meditaba sobre el grosor de los muros de piedra, de dos o tres pies de ancho, de la puerta de madera y hierro de un pie de espesor, y de las rejas de hierro por las que se colaba la luz, no pude evitar aterrarme de la tontería de aquella institución

que me trataba como si yo no fuera más sino carne, sangre y huesos que encerrar. Concluí finalmente que ésta era la mayor utilidad que el Estado podía sacar de mí y que nunca pensó en beneficiarse de alguna manera con mis servicios. Pensé que si había un muro de piedra entre mis conciudadanos y yo, había uno mucho más difícil de trepar o atravesar antes de que ellos pudieran llegar a ser tan libres como yo. Nunca me sentí encerrado, y los muros semejaban un gran desperdicio de piedra y argamasa. Sentí que yo era el único de mis conciudadanos que había pagado el impuesto. Ciertamente no sabían cómo tratarme; pero se comportaban como tipos maleducados. En cada amenaza y en cada lisonja se pifiaban, porque creían que lo que yo más quería era estar del otro lado del muro. Yo no podía sino sonreír de ver con qué laboriosidad cerraban la puerta a mis meditaciones, lo que los dejaba de nuevo sin oposición ni obstáculo, y esas meditaciones eran realmente lo único peligroso que allí había. Como no me podían atrapar, resolvieron castigar mi cuerpo, como niños, que si no pueden llegar a la persona a la que tienen tirria, le maltratan el perro. Observé que el Estado era ingenioso sólo a medias, que era tímido. Como una viuda en medio de su platería, y que no diferenciaba sus amigos de sus enemigos, y así perdí lo que me quedaba de respeto por él y le tuve lástima.

El Estado, pues, nunca confronta a conciencia la razón de una persona, intelectual o moralmente, sino sólo su cuerpo, sus sentidos. No está equipado con un ingenio

superior o una honestidad superior, sino con fuerza superior. Yo no nací para ser forzado. Respiro a mi manera. Ya veremos quien es el más fuerte. ¿Qué fuerza tiene una multitud? Sólo me pueden forzar los que obedecen una ley más alta que yo. Quieren forzarme a que me vuelva como ellos. No escucho a quienes han sido forzados por las masas a vivir así o así. ¿Qué vida es ésta? Cuando un gobierno me dice, "la bolsa o la vida", por qué tengo que correr a darle mi plata? Pueden estar en apuros y no saber qué hacer: lo siento mucho. Ellos verán qué hacen. Que hagan como yo. No vale la pena lloriquear por eso. Yo no soy responsable de que la maquinaria de la sociedad funcione. No soy hijo del ingeniero. Sólo veo que cuando una bellota y una castaña caen juntas, la una no se queda inerte para hacerle campo a la otra, ambas obedecen sus propias leyes y germinan y crecen y florecen lo mejor que pueden, hasta que una, quizás, eclipsa y destruye a la otra. Si una planta no puede vivir de acuerdo a la naturaleza, se muere; lo mismo el hombre.

La noche en la prisión fue novedosa e interesante. Cuando entré, los prisioneros, en mangas de camisa, gozaban de una charla y del aire de la noche. Pero el carcelero dijo: "Vamos muchachos, es hora de encerrarlos", entonces se dispersaron, y oí el ruido de sus pasos de regreso a la vacuidad de sus compartimentos. El carcelero me presentó a mi compañero como "un tipo de primera y un hombre inteligente". Cuando cerraron la puerta, me indicó dónde colgar mi sombre-

ro y me contó cómo arreglaba sus asuntos allí. Los cuartos eran blanqueados una vez al mes, y éste, al menos, era el más blanco; el amoblado de forma muy sencilla y seguramente el más pulcro del pueblo. Naturalmente quería saber de dónde venía yo, qué me había traído. Cuando le hube contado, yo también le pregunté por qué estaba allí, bajo la presunción de que era un hombre honesto, y claro que lo era. "Bien", dijo, "me acusan de quemar un granero, pero nunca lo hice". Por lo que pude descubrir, él probablemente se había acostado borracho, fumando pipa, y el granero se incendió. Gozaba de la reputación de ser inteligente; había estado allí cerca de tres meses esperando el juicio, y tendría que esperar otro tanto, pero estaba domesticado y contento, puesto que recibía alimentación gratis y se consideraba bien tratado. Él miraba por una ventana y yo por la otra. Observé que si uno se quedaba allí por largo tiempo su actividad central se reducía a mirar por la ventana. Pronto leí todas las huellas que allí quedaban y examiné por donde se habían escapado los antiguos prisioneros, donde habían seguetado una reja y oí la historia de varios inquilinos de aquella celda; descubrí que aún allí había historias y habladurías que nunca circulaban más allá de los muros de la prisión. Seguramente ésta es la única casa del pueblo donde se escriben versos, que luego se imprimen en hojas que no se publican. Pude ver una larga lista de jóvenes que habían intentado escapar, quienes se vengaron cantando sus versos.

Yo le sonsaqué a mi compañero todo lo que pude, movido por el temor de no volver a verlo; luego me indicó cuál era mi cama y me dejó apagar la vela.

Tendido allí por una noche fue como viajar a un país remoto que nunca había esperado visitar. Me pareció que no había escuchado antes el llamado de las campanas del reloj del pueblo ni el sonido nocturno de la aldea, puesto que dormíamos con las ventanas abiertas, que daban a la parte interna de las rejas. Fue ver mi pueblo natal a la luz del Medioevo y nuestro Concord convertido en un Rin, que pasaba con sus caballos y castillos. Oí las voces de antiguos burgueses por las calles. Fui el espectador y oyente involuntario de todo lo dicho y hecho en la posada vecina: una nueva y extraña experiencia. Fue una visión más cercana de mi pueblo. Me metí dentro. Nunca antes había visto sus instituciones. Ésta es una de sus instituciones características porque éste es un Condado. Empecé a comprender lo que son sus habitantes.

Por la mañana, nos pasaron el desayuno por un hueco de la puerta por donde cabían jarros de lata y una cuchara metálica. Cuando vinieron por los platos, fui tan bisoño como para devolver el pan que había dejado, pero mi camarada lo agarró y dijo que debía reservarlo para el almuerzo o la comida. Pronto lo dejaron salir a segar heno en un campo vecino, a donde iba todos los días sin regresar hasta el medio día; así que me dijo adiós y que dudaba de que me volviera a ver.

Cuando salí de prisión —porque alguien se atravesó y pagó el impuesto— no percibí que hubiera habido grandes cambios en el exterior, como los que encuentra el que entra joven y sale viejo; y sin embargo, un cambio se presentó ante mis ojos —el pueblo, el Estado, el país eran más grandes de lo que el mero tiempo podía afectarlos. Vi más claro el Estado en el que vivía. Vi hasta qué punto se podía tener como buenos amigos y vecinos a las personas entre quienes había vivido. Su amistad era ante todo para los buenos tiempos. Vi que básicamente no se proponían hacer el bien, que eran de otra raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones. Como los chinos y los malayos, que en sus sacrificios por la humanidad no se arriesgan ni siquiera en sus propiedades. Vi que, después de todo, no eran tan nobles, sino que trataban al ladrón como éste los había tratado, y confiaban que por cierto cumplimiento externo y algunas oraciones, y por seguir una senda particularmente derecha e inútil salvarían sus almas. Puede que esto sea juzgarlos un tanto duro, pero muchos de ellos ni siquiera son conscientes de que en su pueblo exista una institución como la cárcel.

Una antigua costumbre del pueblo, cuando el deudor pobre salía de la cárcel, era ir a saludarlo, mirándolo por entre los dedos, que representaban los barrotes de la cárcel; "¿Cómo le va?". Mis vecinos no me dieron ese saludo; sólo me miraban y luego se miraban, como si yo hubiera vuelto de un largo viaje. A mí me tomaron prisionero mientras iba donde el zapatero a reco-

ger un zapato remontado. Cuando me soltaron por la mañana procedí a terminar el mandado y después de ponerme el zapato me uní a un grupo de recogedores de arándano, que se mostraron impacientes por ponerse bajo mi conducción. El caballo pronto fue bien cargado y en media hora estuvimos en medio de un campo de arándanos en lo alto de una colina, a dos millas de distancia, y el Estado ya no se veía por ninguna parte.

Esta es la historia completa de "Mis Prisiones".

Nunca me he negado a pagar el impuesto de rodamiento, porque quiero ser tan buen vecino como mal súbdito, y en cuanto a subvencionar escuelas, aquí estoy dando mi contribución para educar a mis compatriotas. No es por un punto en especial de la cuenta de impuestos que me niego a pagarla. Simplemente deseo rehusar la sumisión al Estado, retirarme y permanecer retirado de manera efectiva. No me interesa seguirle la pista a mi dólar, si puedo, hasta que ese dólar le compre un rifle a un hombre para que le dispare a otro —el dólar es inocente— pero sí me interesa seguirle la pista a los efectos de mi sumisión.

De hecho, le declaro la guerra al Estado, a mi manera, aunque lo utilice y me aproveche de él en cuanto pueda, como es usual en tales casos.

Si otros, por simpatía con el Estado, pagan el impuesto que a mí me piden, hacen lo mismo que cuando pagaron el suyo, es decir, apoyan la injusticia más de lo que el Estado les exige. Si pagan el impuesto por una solidaridad equivocada con la persona a la que se

le ha cobrado, para salvarle sus propiedades o evitarle que termine en la cárcel, es porque no han medido con inteligencia hasta dónde dejan interferir sus sentimientos personales con el bien público.

Esta es mi posición en el momento. Pero uno no puede estar demasiado a la defensiva en este caso, no sea que sus acciones se parcialicen por la obstinación o la demasiada preocupación por la opinión de los demás. Hay que dejar a cada cual hacer sólo lo que le pertenece a él y a su momento.

A veces me digo, bueno, esta gente es bien intencionada, sólo son ignorantes, obrarían mejor si supieran cómo: ¿Por qué poner a los vecinos en la dificultad de tratarlo a uno en una forma en que no están inclinados a hacerlo? Pero recapacito: esa no es razón para que yo actúe como ellos o permita que otros sufran un dolor mayor y diferente. Y luego, vuelvo y me digo, cuando millones de hombres, sin agresividad, sin mala intención, sin sentimientos personales de ningún tipo, piden solo unas monedas, sin la posibilidad, tal es su manera de ser, de retractarse o alterar su exigencia, y sin la posibilidad, por parte de quien recibe la petición, de apelar a otros millones de personas, ¿por qué exponerse a esta fuerza bruta sobrecogedora? No nos oponemos al frío y al hambre, a los vientos y a las olas con tanta obstinación. Nos entregamos sumisos a mil necesidades similares. Usted no pone las manos al fuego. Pero también en la medida en que yo no veo esto como una fuerza bruta total sino como una fuerza humana en parte, y considero que yo tengo que ver

con esos millones como lo tengo con millones de hombres, y no como brutos o cosas inanimadas, veo que esa apelación es posible, en primer lugar y de forma instantánea, de ellos a su Creador y, en segundo lugar, de ellos a sí mismos. Pero si deliberadamente pongo las manos al fuego, no hay apelación al fuego, ni al Creador del fuego, y sólo yo tengo que culparme por ello. Si pudiera convencerme de que tengo algún derecho a estar satisfecho con los hombres como son, y tratarlos de acuerdo a eso, y no según mis expectativas y exigencias de lo que ellos y yo debemos ser, entonces, como un musulmán y fatalista, trabajaría por conformarme con las cosas tal y como están, y con decir que eso es la voluntad de Dios. Y, sobre todo, está la diferencia entre oponerse a esto o a una fuerza bruta y natural, y es que yo puedo oponerme a esto con algún efecto, pero no puedo esperar como Orfeo cambiar la naturaleza de las rocas, los árboles o las bestias.

No deseo pelear con ningún hombre o nación. No quiero pararme en pelos, hacer diferencias sutiles, o crearme mejor que los demás. Hasta busco, podría decir, casi una excusa para ajustarme a las leyes de la tierra. Estoy más que listo para amoldarme a ellas. Ciertamente tengo razones para catalogarme de este modo; y cada año, cuando el recaudador llega, estoy dispuesto a revisar las actas y la posición de los gobiernos nacional y federal, y el espíritu de la gente para aceptar el conformismo.

"Tenemos que querer a nuestro país como a nuestros padres.

Debemos respetar los efectos y enseñar al alma asuntos de conciencia y religión, y no el deseo de dominio o beneficio".

Creo que el Estado pronto podrá quitarme esta carga de encima y entonces ya no seré mejor patriota que mis conciudadanos. Vista desde un mirador más bajo, la Constitución, con todas sus faltas, es muy buena; la ley y las Cortes muy respetables; aún este Estado y este gobierno americano son, en muchos aspectos admirables; y hay algunas cosas, que tantos otros han descrito, por las que agradecer; pero analizadas desde una perspectiva superior y aún desde la más alta, ¿quién dice lo que son o que vale la pena considerarlas o siquiera pensarlas?

Con todo, el gobierno no me preocupa mucho, y pienso en él lo menos que puedo. No es mucho el tiempo que vivo bajo el gobierno, aún en este mundo. Si un hombre piensa libremente, sueña, imagina libremente, nunca estará por mucho tiempo de acuerdo con lo que no es como con lo que es, así que no puede ser interrumpido por gobernantes o reformadores obtusos.

Sé que muchas personas no piensan como yo, pero aquellos cuyas vidas, por obra de su profesión, están dedicadas al estudio de materias afines no me satisfacen casi en nada. Estadistas y legisladores, que están siempre de acuerdo dentro de la institución, nunca la ven

clara y desnuda. Hablan de la sociedad en movimiento, pero no tienen lugar de descanso sin ella. Pueden ser hombres de cierta experiencia y discernimiento, y sin duda han inventado sistemas ingeniosos y útiles, que les agradecemos, pero todo su ingenio y utilidad reposa en límites estrechos. Olvidan que el mundo no está gobernado por los programas y la ventaja personal. Webster nunca se le enfrenta al gobierno, así que no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras son sabiduría para aquellos legisladores que no contemplan reformas esenciales en el gobierno actual; pero para los pensadores y para aquellos que legislan para todo tiempo, Webster no acierta una. Conozco a aquellos cuya serena y sabia especulación sobre este tema pronto les hará ver la estrechez del pensamiento y el pupilaje de Webster.

Con todo, comparado con los ordinarios alcances de muchos reformadores, y la aún más ordinaria sabiduría y elocuencia de los políticos en general, las de Webster son las casi únicas palabras razonables y valiosas, y le agradecemos al Cielo por él. Comparativamente, es siempre fuerte, original y sobre todo, práctico. Sin embargo, su cualidad no es la sabiduría sino la prudencia. La verdad de los abogados no es la Verdad, sino la consistencia o una conveniencia consistente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma y no está interesada en revelar la justicia que pueda concordar con el mal obrar. Webster merece ser llamado, como lo ha sido, el Defensor de la Constitución. No se le pueden dar otros golpes distintos a los defensivos. No

es un líder sino un seguidor. Sus líderes son los hombres de 1787. "Yo nunca he hecho un esfuerzo", dice, "y nunca propongo hacer un esfuerzo, nunca he apoyado un esfuerzo y no tengo intención de apoyarlo para interferir el acuerdo inicial por el cual los diversos estados formaron la Unión", y respecto de la aprobación que la Constitución otorgó a la esclavitud: "Puesto que era parte del paquete inicial... déjenla ahí". A pesar de su agudeza y capacidad, Webster es incapaz de aislar un hecho de sus meras relaciones políticas, y verlo como se le presenta al intelecto —por ejemplo, qué incumbe a un hombre hacer aquí en América hoy respecto de la esclavitud— sino que se aventura, o es llevado a dar una respuesta desesperada a lo siguiente, pretendiendo hablar de forma absoluta y como individuo particular —de lo cual ¿qué nuevo y singular se puede sacar a favor de la obligación social? "La forma", dice, "como los gobiernos de los Estados donde existe la esclavitud la regulen, está a su propia consideración, bajo la responsabilidad de sus constituyentes, según las leyes generales de la propiedad, humanidad y justicia y según Dios. Las asociaciones formadas en otra parte, salidas de sentimientos humanitarios, o por cualquier otra causa, no tienen nada que ver con ello. Nunca han recibido motivación de parte mía, y nunca la tendrán." (Estos apartes han sido insertados, puesto que la conferencia fue leída. H.D.T.)

Aquellos que no conocen una fuente más pura de verdad, que no han buscado el manantial más arriba, se apoyan, y lo hacen sabiamente, en la Biblia y en la

Constitución, y beben de ellas con reverencia y humanidad; pero aquellos que observan de donde esa verdad vierte gota a gota a este lago o a aquel estanque se amarran los calzones y siguen su peregrinaje hacia el nacedero.

No ha aparecido en América el genio legislador. Son raros en la historia del mundo. Hay oradores, políticos, y hombres elocuentes por miles; pero aún no ha abierto la boca el que tiene que formular las preguntas más molestas. Nos gusta la elocuencia en sí misma y no por la verdad que contenga o por cualquier acto heroico que inspire. Nuestros legisladores no han aprendido todavía el valor comparativo del libre cambio y la libertad, la unión y la rectitud hacia la nación. No tienen genio ni talento para hacerse preguntas humildes sobre impuestos y finanzas, comercio, manufactura y agricultura. Si se nos dejara sólo a la ingeniosa oratoria de nuestros legisladores del Congreso para guiarnos, sin la corrección de la experiencia niveladora y las quejas efectivas del pueblo, América no podría mantener su rango entre las naciones. Mil ochocientos años, aunque quizás yo no tenga derecho a decirlo, lleva escrito el Nuevo Testamento; y sin embargo, dónde está el legislador que tiene la sabiduría y el talento práctico para valerse de la luz que aquel irradia sobre la ciencia de la legislación.

La autoridad del gobierno —porque yo gustosamente obedeceré a aquellos que pueden actuar mejor que yo, y en muchas cosas hasta a aquellos que ni saben ni pueden actuar tan bien— es una autoridad impura:

porque para ser estrictamente justa tiene que ser aprobada por el gobernado. No puede tener derecho absoluto sobre mi persona y propiedad sino en cuanto yo se lo conceda. El paso de la monarquía absoluta a una limitada, de la monarquía limitada a la democracia, es el progreso hacia el verdadero respeto al individuo. Hasta el filósofo chino fue lo suficientemente sabio para ver en el individuo la base del imperio. ¿Es la democracia que conocemos la última mejora posible de gobierno? ¿No es posible adelantar un paso en el reconocimiento y la organización de los derechos del hombre? Jamás existirá un Estado realmente libre e iluminado hasta cuando ese Estado reconozca al individuo como un poder más alto e independiente, del cual se deriva su propio poder y autoridad y lo trate de acuerdo a ello. Me complace imaginar un Estado que finalmente pueda darse el lujo de ser justo con todos, y que trate al individuo con respecto; más aún, que no llegue a pensar que es inconsistente con su propia tranquilidad si unos cuantos viven separados de él, no mezclándose con él, sin abrazarlo, pero cumpliendo con su obligación de vecinos y compañeros. Un Estado que produjera este fruto y lo entregase tan pronto estuviese maduro abriría el camino para otro Estado, aún más perfecto y glorioso, que yo he soñado también, pero que aún no he visto por ninguna parte.

ÍNDICE

Introducción.....	5
Walden, la vida en los bosques.....	15
Desobediencia civil.....	69



Este
libro
ha sido
impreso en
papel ecológico TCF
y encuadernado en el
TALLER DE LIBROS DE ARENA,
Retamar - Almería,
abril de de 2009.

